

LUIS VÉLEZ DE GUEVARA (1579-1644)

*LA SERRANA DE LA VERA*

Los que hablan en la obra:

GIRALDO, labrador viejo

DOS DE PLASENCIA.

DON LUCAS, capitán.

ANDRÉS. bravos.

MINGO, gracioso.

GERÓNIMO. bravos.

PASCUAL.

AGUADOR.

VIZENTE.

DON FERNANDO, rey.

LLORENTE.

DOÑA ISABEL, reina.

BRAS.

DON NUÑO, criado del rey.

GILA, la serrana.

DON RODRIGO GIRÓN, maestre de Calatraba

MADALENA.

DON GARZÍA, alférez.

DON JUAN DE CARAVAJAL, alcalde de la Hermandad

PASCUALA, niña.

UN CABO DE GUARDIA.

UN CAMINANTE.

UN SARGENTO.

MÚSICOS.

CUADRILLEROS. «Jesús, María, José, Luis, Ursola, Francisco, Juan Antonio»

ACTO PRIMERO

(GIRALDO, labrador viejo, rico, y DON LUCAS DE CARAVAJAL, capitán, con su gineta y en cuerpo, muy galán; y dize GIRALDO.)

GIRALDO.

Si sois capitán del rey,  
seldo muy enhorabuena,  
que no me puede dar pena  
el serville a toda ley;  
pero en mi casa jamás  
se aloxó nadie, y sospecho  
que el concexo no lo ha hecho,  
ni el alcalde.

CAPITÁN.

¿El rey no es más?

GIRALDO.

¿Quién lo niega? Mas aquí  
ellos al rey representan,  
y nunca mi casa afrentan,  
si puede dezirse assí,  
con hazerla aloxamiento.

CAPITÁN.

¿Sois hidalgo?

GIRALDO.

No, señor;  
pero soy un labrador  
con honrado nazimiento,  
cristiano viejo y honrado,  
que nosotros no pudimos  
escoxer cuando nacimos  
la nobleza ni el estado;  
que a fe que, a ser en mi mano,  
y a quererlo también Dios,  
naziera mexor que vos.

CAPITÁN.

¡Qué filósofo villano!

GIRALDO.

Mas a espacio, si es posible,  
señor capitán, que a fe  
que, aunque estoy viejo, sabré  
tener valor invencible  
para no dexar que vos  
me ofendáis.

CAPITÁN.

¿No sois villano?

GIRALDO.

Hombre soy humilde y llano;  
mas villano no, por Dios,  
sino es porque vivo en villa;  
que villano es el que intenta  
a traición muerte o afrenta;  
hombres buenos en Castilla  
sus reyes nos han llamado,  
y los que son hombres buenos,  
de ese nombre están ajenos.  
Pero habláis como soldado,  
y aún como soldado mozo;  
que a ser más viejo, en efeto,  
tratara con más respeto  
estas canas vuestro bozo.

CAPITÁN.

Los que nobles han nazido,  
servicios no han menester  
con los reyes, para ser  
lo que otros han merezido  
cuando muchos les han hecho,  
que en impresas semejantes  
sirvieron por ellos antes  
con más que invencible pecho  
sus nobles antepasados;  
y Plasencia de los míos  
conoze muy bien los bríos  
que en ella están sepultados,  
aunque han fama inmortal;  
que, de los Caravajales,  
sirviendo como leales  
a la corona real  
y como muy valerosos  
en Portugal y Castilla,  
dan muestras en su capilla  
mil trofeos generosos.  
Y así los reyes (que guarde  
mil siglos, amén, el zielo  
en el castellano suelo)  
de quien son haziendo, alarde,  
para la famosa guerra  
de Granada, me han nombrado  
por capitán, y me han dado

patente para mi tierra  
por mayor merzed; y assí  
en toda la Vera puedo  
hazer gente, y hoy me quedo  
a tocar caxas aquí  
y la levantar la bandera,  
porque en Plasencia querría  
entrar ya con compañía  
de la gente de la Vera;  
porque es grande gusto entrar  
por su patria tan honrado  
el que salió a ser soldado.  
Y por ser tan buen lugar  
Gargantalaolla, quise  
que tenga principio en él,  
y en vuestra casa, pues dêl  
no hay nadie que no me avise  
que es la mexor; y sois vos  
el más rico del lugar,  
y es buen puesto para estar  
la bandera.

GIRALDO.

¡Guárdeos Dios  
por la merzed que me hazéis!  
Pero yo os agradeziera,  
en lo que posible fuera,  
mucho más que lo escuséis;  
y os serviré desde aquí  
en cuanto queráis mandarme.

CAPITÁN.

Si he de llegar a enfadarme,  
escusaldo vos.

GIRALDO.

A mí  
nunca me echaron soldados,  
y no los he de tener.

CAPITÁN.

Esto esta vez ha de ser,  
¡por vida del rey!

GIRALDO.

Criados

y vasallos suyos somos,  
pero no pienso serviros  
en eso.

CAPITÁN.

Yo sí mediros  
con la gineta los lomos,  
y hacer a palos aquí  
lo que por bien no queréis;  
que como encinas daréis  
el fruto mexor así.

GIRALDO.

Idos, señor capitán,  
mas a la mano, ¡por Dios!,  
que ni enzina soy, ni vos  
sois el paladín Roldán  
para mostraros tan fiero  
conmigo en mi casa.

CAPITÁN.

Haré  
lo que digo, por la fe  
de soldado y caballero.

GIRALDO.

Pues por la fe de hombre honrado  
que no lo hagáis, que aunque estoy  
viejo, padre de hijos soy;  
y si el zielo no me ha dado  
varón que pueda volver  
vida arrestando y honor  
por las ofensas, señor,  
que vos me podáis hazer,  
una hija me dio el zielo  
que podré decir que vale  
por dos hijos, porque sale  
a su padre y a su agüelo;  
que fuera de la presencia  
hermosa, tan gran valor  
tiene, que no hay labrador  
en la Vera de Plasencia  
que a correr no desafíe,  
a saltar, luchar, tirar  
la barra, y en el lugar  
no hay ninguno que porfíe

a mostrar valor mayor  
en ninguna cosa dêstas,  
porque de las manifiestas  
vitorias de su valor  
tienen ya gran experiencia  
que es su ardimiento biçarro.  
De bueyes detiene un carro,  
de un molino la violencia;  
corre un caballo mexor  
que si en él cosida fuera,  
y en medio de la carrera  
y de la furia mayor,  
que parece que al través  
a dar con un monte viene,  
suelta el freno y le detiene  
con las piernas y los pies.  
Esta mañana salió  
en uno al monte a cazar,  
y casi todo el lugar  
tras ella, que la siguió  
siempre que a caza ha salido,  
por verla con la escopeta  
cómo los vientos sujeta,  
que ningún tiro ha perdido  
al vuelo, de tal manera  
que no hay ave que la aguarde  
ni todo el furioso alarde  
de los brutos.

CAPITÁN.

No me diera  
mucho pesadumbre a mí,  
que yo luchara con ella  
de buena gana; y si es bella,  
como referís aquí,  
y tan diestra en el luchar  
como en todo maravilla,  
con alguna zancadilla  
la intentara derribar.

GIRALDO.

Castigar sabe también  
malicias de esa manera.

CAPITÁN.

Pondráse aquí la bandera,

y después sabremos quién  
podrá más de ambos a dos;  
que según la habéis pintado,  
si quiere ser mi soldado,  
os doy palabra, por Dios,  
de darle mi escuadra.

GIRALDO.

Estáis  
de espacio y de buen humor.

(Tocan un atambor.)

CAPITÁN.

Ya pienso que el atambor,  
puesto que vos no gustáis  
del cuerpo de guardia aquí,  
quiere tomar posesión,  
y echar el bando en razón  
de mi patente; y assí  
hazed... ¿Cómo es vuestra grazia?

GIRALDO.

Giraldo.

CAPITÁN.

Giraldo amigo,  
para todo lo que os digo  
sin género de desgrazia  
apercebir luego luego  
lo que fuere necesario.  
Y no lo hagáis al contrario,  
ya que por bien os lo ruego,  
si hazerme queréis favor,  
pues que no se escusa ya.

GIRALDO.

Ya viene Gila y podrá  
daros recado, señor.

(Suenen relinchos de LABRADORES, y vayan entrando por el patio cantando toda la compañía (menos los dos que están en el tablado) con co[rondas] de flores, y uno con un palo largo y en él metido un pellejo de un lobo con su cabeza, y otro con otro de oso de la misma suerte, y otro con otro de jabalí. Y luego, detrás, a caballo, GILA, la serrana de la Vera, vestida a lo serrano de muger, con sayuelo y muchas patenas, el cabello tendido y una montera con plumas, un cuchillo de monte al lado, botín argentado y puesta una

escopeta debaxo del caparazón del caballo. Y lo que cantan es esto, hasta llegar al tablado, donde se apea.)

¡Quién como ella,  
la serrana de la Vera!

### *Copla*

1.º

A dar flores sale al prado  
la serrana de la Vera,  
bizarra puesta a caballo  
la serrana de la Vera.  
En crenchas lleva el tocado  
la serrana de la Vera,  
ojos hermosos rasgados  
la serrana de la Vera;  
lisa frente, roxos labios,  
la serrana de la Vera;  
pelo de ámbar, blancas manos  
la serrana de la Vera;  
cuerpo genzor y adamado,  
la serrana de la Vera,  
¡Quién como ella,  
la serrana de la Vera!

2.º

A dar flores sale al valle  
la serrana de la Vera;  
genzor cuerpo, hermoso talle,  
la serrana de la Vera.  
Su belleza y su donaire,  
la serrana de la Vera,  
viene enamorando el aire  
la serrana de la Vera.  
Sus ojos negros y graves,  
la serrana de la Vera,  
no hay quien mire que no adame  
la serrana de la Vera.  
Dios mil años mos la guarde  
la serrana de la Vera,  
y la dé un galán amante,  
la serrana de la Vera,  
para que con ella case  
la serrana de la Vera,  
y para a los doze pares

la serrana de la Vera.  
¡Quién como ella,  
la serrana de la Vera!

(GILA apéase y dize, tomando la escopeta de la silla del caballo.)

GILA.  
Lleva, Mingo, ese caballo  
al pesebre, y del arzón  
esa caça quite Antón.

CAPITÁN.  
De puro admirado callo.  
No he visto en hombre jamás  
tan varonil biçarría

GIRALDO.  
Vengas con bien, hija mía.

GILA.  
¡Oh padre!

GIRALDO.  
¡Gallarda estás!  
Cada vez que te contemplo,  
vida pienso que me añades,  
Jordán de mi edad. ¡Qué edades  
sin fin vivas, para exemplo  
de mugeres españolas!  
¿A los xazmines contigo  
cómo les fue? ¿Y entre el trigo  
a las roxas amapolas?  
Los azules alhelíes,  
¿han querido competir  
con tus venas de çafir?  
¿A tus labios carmesíes,  
atrevióse algún clavel?  
¿Hubo algunas maravillas  
al nácar de tus mexillas  
descortesés?

GILA  
Un cruel  
jabalí se me atrevió  
solamente; mas de suerte  
que solicitó su muerte

por donde menos pensé.

GIRALDO.

¿De qué modo?

GILA.

Yo corría  
tras de un corzo al viento igual,  
y al descubrir el cristal  
de una hermosa fuente fría  
que haziendo a unos ruiseñores  
caricio porque callaba  
y tan en tanto ensartaba  
perlas en hilos de flores,  
en colchones de alhelíes  
un sangriento jabalí  
vi echado, que desde allí  
perlas trocaba a rubíes:  
que tan caro le convida  
la hermosa fuente a beberlas,  
que por la sed de las perlas  
daba la sangre y la vida.  
Apenas sintió el roído,  
cuando, puesto en cuatro pies,  
el fiero animal montés,  
de espuma y sangre teñido,  
desenvainó del cristal  
de la fuente los colmillos  
que son mortales cochillos,  
y el espumoso animal  
al caballo arremetió  
terrible y determinado,  
lo que alcanzó por un lado,  
y hurtéle la vuelta yo.  
Vuelve otra vez sobre mí,  
y yo revuelvo sobre él,  
y más airado y cruel  
el zerdosso jabalí,  
otra vez arremetió  
a los pechos del caballo;  
pudo herillo, a no apartallo  
con tanta destreza yo;  
vuelvo las ancas, afloxo  
el freno, doile al ixar  
la espuela, y vuélveme a dar  
asalto, en su sangre roxo.

Tuerzo el cuerpo, y sobre el lado  
izquierdo pongo el cañón,  
corre el gatillo al fogón,  
y al pardo plomo colado  
el sediento pedernal,  
y apenas sufre que ocupe  
la pólvora, cuando escupe  
contra el sangriento animal  
un rayo que le reciba  
por la vista y las orejas,  
y partiéndole las cexas  
di con él patas arriba.  
Maté este lobo después  
y ese oso fiero, señor,  
y de la caza menor  
alguna que entre los pies  
el caballo atropellaba,  
y con los perros corrimos.  
Y con esto nos volvimos  
como ardiendo el sol baxaba,  
deseosa que esta tarde  
vamos a ver a Plasenzia  
las fiestas, con tu lizenzia

GIRALDO.

Muchos años Dios te guarde,  
que yo, Gila, determino  
acompañarte también.

GILA.

¿Quién es este hombre de bien  
que tan galán de camino  
estaba con vos aquí?

GIRALDO.

Es un capitán.

GILA.

¿Querrá  
aloxarse?

GIRALDO.

Claro está.

GILA.

Pues yo no quiero.

CAPITÁN.

Yo sí.

GILA.

¿No hay más que quererlo vos?

CAPITÁN.

Aquí no pienso que hay más.

GILA.

No vi capitán jamás  
tan resuelto, ¡vive Dios!

CAPITÁN.

Ni yo muger que tan bien  
lo jure.

GILA.

Si imagináis  
que lo soy, os engañáis,  
que soy muy hombre.

CAPITÁN.

Pues bien,  
¿qué importa, señora Gila,  
cuando fuera su merzed  
dos Hércules?

GILA.

Pretended  
(pues el hablar aniquila  
a los que de hombres se precian)  
que acortemos de razones,  
que tales conversaciones,  
más que estiman menosprecian,  
como lo dize el refrán;  
y busque otro aloxamiento  
el alférez o el sargento  
para el señor capitán,  
porque mi padre no aloxa  
sino es a mí solamente,  
a su ganado, a su gente  
y al güésped que se le antoxa;  
y a los soldados, camarada,  
aunque el rey se lo soprique,

nunca lo acostumbra. Pique,  
que más abaxo hay posada;  
que en esta casa, yo fío  
que os la den de mala gana.

CAPITÁN.

¡Oh, qué cansada villana!

GILA.

¡Oh, qué fanfarrón jodío!

CAPITÁN.

¡Vive Dios, que hemos de ver  
cómo me contradecía  
aloxarme.

GILA.

Vos venís  
donde no queréis volver,

CAPITÁN.

¡Ah, señor alférez! ¡Ola,  
señor sargento!

GILA.

Esperad,  
no os enojéis, y escuchad  
aquesta palabra sola.

CAPITÁN.

¿Qué quieres?

GILA.

Que os aloxéis  
muy en buen hora, que llanos  
estamos ya.

CAPITÁN.

¡Al fin, villanos,  
que nada por bien hazéis!  
¡Temiendo que la gineta  
no hiziera el aloxamiento!  
¿Cuál a de ser mi aposento?

GILA.

El cañón dêsta escopeta.

CAPITÁN.  
¿Qué dices?

GILA.  
Procura entrar,  
fanfarrón.  
¡Vive Dios, que dêsta suerte  
os he de echar del lugar!

(Entrase el CAPITÁN retirando, y GILA poniéndole la escopeta a la vista, que lo hará muy bien la señora Jusepa.)

GIRALDO.  
Eso sí, Gila, y no quiera  
sopetearnos ninguno.

PASCUAL.  
Si fueran diez, como es uno,  
lo propio, Giraldo, fuera.

MINGO.  
¡Ojo, cuál va por la calle  
el fanfarrón capitán!

VIZENTE.  
¡Mala pascua y mal San Juan  
le dé Dios, y nunca halle  
en toda la Vera apenas  
un soldado que le siga!

LLORENTE.  
¡Todo el cielo le maldiga!

MINGO.  
¡Pardiobre!, que me dan venas  
de atordille desde aquí,  
Giraldo, con un guijarro.

BRAS.  
Y si coxo de un chaparro  
una estaca yo.

GIRALDO.  
Vení,  
y no perdamos a Gila

de vista.

MINGO.

Giraldo, vamos;  
aunque, si mal no miramos,  
los mocos le despabila,  
y no hay dèlla que temer  
con un hombre tan roín.

GIRALDO.

¡Hija de Giraldo al fin!  
Volvé a cantar y tañer.  
(Éntranse cantando.)  
¡Quién como ella,  
la serrana de la Vera!

(Entre agora el CAPITÁN retirandose y GILA con la escopeta en los ojos, y dize él.)

CAPITÁN.

Serrana hermosa y cruel,  
¿dónde me intentas llevar?

GILA.

Ésta es la cruz del lugar,  
la horca aquélla y aquél  
el camino de Plasenzia,  
aquél el de Xarandilla;  
no volváis más a la villa  
a tentarme de pacencia,  
que os volaré, ¡vive Dios!,  
mucho mexor que lo digo.  
Basta lo que vos conmigo  
y yo he pasado con vos,  
para que no segundéis,  
que sufro mal demasías;  
que a otras cuatro compañías  
lo mismo hiziera que veis,  
cuanto y más a un capitán  
tan descortés y hablador.  
Y adviértoos que este rigor  
pasará -a ser vos Roldán-  
adelante si volvéis,  
no solamente a mi casa,  
sino al lugar, pues que pasa  
lo que a vuestros ojos veis.  
Y poneos a escoxer

cuál déstos caminos dos  
más os agrada, y ¡adiós!

(Vase.)

CAPITÁN.

¿Hay más notable muger?  
Haziéndome cruces quedo,  
porque venze con valor,  
con hermosura y amor,  
y dos vezes dezir puedo  
que venzido me ha dexado.  
Hasta el campo me sacó;  
que más rigor no se osó  
con un recién azotado,  
que le apean del jumento  
para desterralle. Estoy  
sin mí.

(DON GARZÍA, alférez.)

GARZÍA.

En vuestra busca voy,  
y lo mismo haze el sargento.  
¿Qué es lo que os ha sucedido,  
señor capitán?

CAPITÁN.

No sé;  
que una muger sola...

GARZÍA.

¿Fue  
la serrana?

CAPITÁN.

No ha tenido.  
Aquiles mayor valor,  
aunque mis locos antoxos  
más temieron a sus oxos.

GARZÍA.

Si es la serrana, señor  
don Lucas, tiene en la Vera  
notable fama de hermosa  
y de muger valerosa.

CAPITÁN.

Hazed sacar la bandera  
de la villa, don Garzía,  
que mexor será en Plasencia  
levantalla, y con violencia  
de toda una campaña  
abrasar este lugar  
y gozar esta muger  
tan brava.

GARZÍA.

Es buen parecer.  
Bien podrás luego marchar,  
que ésta es belicosa gente,  
y estando sin compañía  
hará una superchería.

CAPITÁN.

Esta serrana valiente  
he de rendir si me cuesta  
mil vidas, alférez.

GARZÍA.

Luego  
puedes.

CAPITÁN.

De furia estoy ciego,  
pero no es ocasión ésta.

GARZÍA.

Determinate, que yo  
solo a Gargantalaolla  
abrasaré, y esa polla,  
que entre sus gallos crió,  
te la daré sazónada  
en el plato que quisieres,  
y todas cuantas mugeres  
tiene dentro, si te agrada.  
Resuélvete tú, y verás  
el valor de don Garzía.

CAPITÁN.

No basta ser sangre mía  
para intentar esto y más.

GARZÍA.

No hay sino dezir: yo quiero,  
y remitillo a esta espada,  
que el mundo en gustando es nada,  
por la fe de caballero.  
(Suenan relinchos de labradores.)

CAPITÁN.

Gente de la villa sale  
que deben de ir a Plasencia  
a las fiestas.

GARZÍA.

Tu paciencia  
de salvaguardia les vale,  
que por la fe de soldado  
que habían de ver quién soy.

CAPITÁN.

Por ser capitán estoy  
a esto, alférez, obligado;  
que siendo ofizial del rey,  
no es justa razón causar  
alboroto en un lugar;  
mas yo romperé esta ley  
en más cómoda ocasión,  
si no mudan pareceres.

GARZÍA.

Míraslo como quien eres,  
y obedezerte es razón.  
Voy a sacar la bandera.

CAPITÁN.

Sáquesse, y vamos de aquí.  
Loco me lleva y sin mí  
la serrana de la Vera.

[Vanse.]

(Salgan dos de la ciudad en Plasencia.)

PRIMERO.

¿Cuántos son los toros?

SEGUNDO.

Creo  
que son doze, pero son  
cada cual como un león.

PRIMERO.

¡Qué déllos rodando veo!;  
Si hay lanzadas y rexones  
y no lo saben hazer.

SEGUNDO.

Sacres por fuera ha de haber  
siendo los toros leones,  
que volarán de las sillas,  
más que hazia arriba, hazia abaxo.

PRIMERO.

Ése es notable trabaxo,  
aún haziendo el asta astillas.

SEGUNDO.

A los que ven desde lexos  
fázil les pareze todo,  
y en el coso de otro modo.

PRIMERO.

Siempre seguí los consexos  
de los que dizen que cosa  
sin quien se puede pasar,  
o hazella bien o mirar.

SEGUNDO.

La plaza está milagrosa.

PRIMERO.

No la he visto así jamás.

SEGUNDO.

Bien te admiras y la estrañas.

PRIMERO.

¿Cómo es el juego de cañas?

SEGUNDO.

Capas y gorras no más,  
porque lugar no tuvieron

para libreas, por ser  
con tanta prisa el querer  
pasar sus altezas.

PRIMERO.

¿Fueron  
ciertas las nuevas de Alhama?

SEGUNDO.

Don Rodrigo Girón es  
el que la puso a sus pies;  
digna hazaña de su fama.

PRIMERO.

Con justa causa le alaba  
la castellana nazión.

SEGUNDO.

Al fin Pacheco y Girón,  
maestre de Calatraba.

PRIMERO.

Él podrá poco, o pondrá  
a sus pies del mismo modo  
a Granada.

SEGUNDO.

El coso todo  
de gente cubierto está,  
y ocupando las ventanas  
damas bizarras y bellas.

PRIMERO.

Hoy sale el sol con estrellas.

SEGUNDO.

Bellas son las plasencianas.

PRIMERO.

¿No tomaremos lugar  
en un tablado?

SEGUNDO.

Tomemos,  
porque después no podremos  
sitio tan a gusto hallar.

PRIMERO.

¿Hazia qué acera os inclina  
la voluntad?

SEGUNDO.

A esta azera.  
(De adentro, vendiendo, diferentes voces.)

TERCERO.

¡Limas dulces de la Vera!

CUARTO.

¡Turrón!

QUINTO.

¡Confitura fina!

SEXTO.

¡Lindas camuesas y peros!

SÉPTIMO.

¡Zerezas!

OCTAVO.

¡Piñón mondado!

NOVENO.

¡Açúcar blanco rosado!

AGUADOR.

¡Agua y anís, caballeros!

(Un maestro de esgrima y un muchacho con espadas y cascos.)

MAESTRO.

Planta, Perico, el arnés  
en este sitio.

PERICO.

Hoy es día  
de poleo y valentía.

(Dos bravos, el uno con espada, y el otro, que es ANDRÉS, vestido como carretero, sin ella, y con montera y polainas y un capote de dos aldas, y debaxo dêl un coleteo y caída por detrás la capa.)

GERÓNIMO.

¿No jugaremos, Andrés?

ANDRÉS.

Herónimo, en viendo entrar  
de Gargantalaolla gente,  
tomaré la espada.

GERÓNIMO.

A veinte  
de Cuacos en su lugar  
dieron mucha pesadumbre  
las fiestas pasadas.

ANDRÉS.

Hoy  
esperándolos estoy.  
Siempre tienen de costumbre  
bravear en su lugar,  
aunque los dêssa aldegiela  
les mearon la pajueta.

MAESTRO.

¡Ea, galanes, entrar  
para hazer nombre de Dios!

GERÓNIMO.

¿Qué responde Andrés a eso?

ANDRÉS.

Pues lo dize el so maeso,  
juguemos ambos a dos.

GERÓNIMO.

Tenga, mazebo, esta capa  
y esta espada.

ANDRÉS.

Téngame  
esta mía.

MAESTRO.

Juegosé.  
(Toman las espadas y dize.)

ANDRÉS.

No he de perdonar al papa,  
no siendo de mi lugar.

MAESTRO.

Sea para bien la estrena.  
Toquen casco.

ANDRÉS.

Dorabuena.

(Tocan casco, y luego como acostumbran sus idas y venidas.)

MAESTRO.

Limpio, y sólo señalar;  
que aquí a enseñar se camina  
y es lo demás borrachera.

(Entretanto que desde adentro se pregona.)

TERCERO.

¡Limas dulces de la Vera!

CUARTO.

¡Turrón!

QUINTO.

¡Confitura fina!

SEXTO.

¡Lindas camuesas y peros!

SÉPTIMO.

¡Zerezas!

OCTAVO.

¡Piñón mondado!

NOVENO.

¡Açúcar blanco rosado!

AGUADOR.

¡Agua y anís, caballeros!

MAESTRO.

Yo la vi. Vaya otra, y tiento

con la vista.

GERÓNIMO.  
Eso buscamos.

(GIRALDO agora; MINGO con capa, puesto a lo gracioso, de bravo, y MADALENA y GILA con rebozos en la cara de volante y sombreros de palma y ferreruelos.)

GILA.  
A lindo tiempo llegamos.

MADALENA.  
Camínase por el viento,  
Gila, cuando a fiestas es.

GILA.  
Éstas, prima Madalena,  
son de mayor gusto.

MADALENA.  
¿Llena  
la plaza de hombres, no ves?

GILA.  
Como los reyes honrar  
esta ciudad han querido,  
toda la Vera ha venido,  
que no ha faltado lugar.  
Rabiando vengo por ver  
a la reina, porque dèlla,  
después de dezir que es bella,  
dizen que es brava muger,  
que al lado de su marido,  
que le guarde Dios mil años,  
le ven h[az]er hechos estraños;  
mas tal madre la ha parido  
y tal padre la engendró.

MADALENA.  
Su valor pintado han  
en el príncipe don Juan.

GILA.  
Madalena, en viendo yo  
mugeres dêsta manera,  
me vuelvo de gusto loca.

MAESTRO.

Esta vaya, y punto en boca

(De adentro.)

TERCERO.

¡Limas dulces de la Vera!

GIRALDO.

Gila, tomemos lugar.

MINGO.

Siempre que en el coso estoy,  
de mí imagino que doy  
un olor particular,  
que debe de ser de miedo,  
y es para el que tenga al lado...

(De adentro.)

NOVENO.

¡Açúcar blanco rosado!

MINGO.

Y membrillo de Toledo.

GILA.

Juego de armas hay aquí;  
lleguemos, padre, a mirar,  
que no faltará lugar.

GIRALDO.

Tal inclinación no vi.

MADALENA.

Erró la naturaleza,  
Gila, en no h[az]erte varón.

GILA.

¡Ay, prima!, tienes razón.

(De adentro.)

OCTAVO.

¡Piñón mondado!...¡Zereza!

ANDRÉS.

Llegando van forasteros.  
Sienta, Herónimo.

GERÓNIMO.

Andrés,  
sí haré para entrar después.

(De adentro.)

AGUADOR.

¡Agua y anís, caballeros!

(Toma GERÓNIMO su capa y espada y echa un cuarto en el casco que se quita el muchacho de la cabeza. Toma el montante el MAESO y hace plaza ahora.)

MAESTRO.

Plaza, hidalgos, ¡fuera, fuera!;  
guardar los pies.

GILA.

Mingo, toma  
la espada tú.

MINGO.

¿Yo? Mahoma  
con éste; de la montera,  
Gila, la puede tomar.

GILA.

¡Vive Dios, que eres gallina!

MINGO.

Pues si eso te da mojina,  
yo te quiero contentar,  
que quiero salir por ti  
esta vez descalabrado.

GILA.

Entra tú determinado,  
y ten hígados y di  
que te descalabre.

MINGO.

Voy,

aunque con miedo cruel.

GILA.  
Escucha, déxate dêl  
cargar la espada.

MINGO.  
Ya estoy  
en lo que dizes.

GILA.  
Y luego  
alza y tírale un mandoble,  
que aunque la espada se doble,  
saque de los cascos fuego,  
y déxalo luego estar,  
que aquí estoy yo.

MINGO.  
Que no quiero  
contra aqueste carretero  
más, Gila, que verme entrar.  
Mira del modo que tomo  
la espada y cómo me quito  
la capa.

ANDRÉS.  
Ya estoy agito  
dêste payo.

MINGO.  
Y mira cómo  
voy entrando.

GILA.  
Siempre tiesso  
y a la vista; eso me agrada.

MINGO.  
Un cuervo llevo en la espada.  
Apártese, so maesso.

MAESTRO.  
Toquen casco.

ANDRÉS.

Dorabuena.

MAESTRO.

Limpio.

MINGO.

Yo tendré cuidado.

MADALENA.

Bravamente Mingo ha entrado.

GILA.

¿Pues no a de entrar, Madalena,  
estando yo aquí?

GIRALDO.

Yo estoy  
remozándome de ver  
jugar las armas. Ayer,  
tal día como el que es hoy,  
me parece que fue el día  
que en este mismo lugar  
¡ah mozedad!, a pesar  
de la mayor valentía  
que tuvo toda la Vera,  
a un bravo di en qué entender.  
Todo pasa por correr  
tan breve la edad ligera.

(Agora vuelven a la segunda ida y venida. Dale en la cabeza y suelta la espada.)

ANDRÉS.

Un pan le he de dar agora,  
si puedo, como unas nuezes.

MINGO.

Esto no es para dos vezes;  
entre otro, amigo.

GILA.

En buen hora.

(Arremeten GERÓNIMO y GILA a la espada, y cóxela GILA.)

GERÓNIMO.

Tarde llegué, y ¡vive Dios!

que es muger la que ha tomado  
la espada.

GIRALDO.

Gila, ¿en qué has dado?

GILA.

Ya lo veréis, padre, vos.  
Ten la capa, Madalena,  
que a este bravo pienso h[az]er  
que me sueñe.

ANDRÉS.

¿Una mujer  
toma la espada?

MINGO.

No suena  
una calabaza más.  
Algo pago de vacío  
en los cascos.

ANDRÉS.

¡Bravo brío!

MINGO.

Con carreteros, no más,  
que es gran gente de chichón,  
y ¡vive Dios! que el que tiento,  
que es otra cabeza, y siento  
en el alma el coscorrón,  
que imagino que también  
ha quedado no sé cómo.  
¡Oh carretero de plomo!,  
mala pedrada te den,  
derríbente las encías  
con un almirez, un box  
te mate. Para reloj  
famosa mano tenías,  
que asentara lindamente  
cuando dieras el caíz.

ANDRÉS.

Señora Aldonza o Beatriz,  
si es su amigo o su pariente  
el payo del coscorrón

y le pretende vengar,  
busque uno de su lugar  
y llevará otro chichón;  
que a mujeres tengo miedo,  
sí ¡por el agua de Dios!  
y más si son como vos.

GILA.

Bien sé que dárselo puedo,  
mi señor, carro o carreta,  
más que por muger por hombre.

ANDRÉS.

Lindo dicho.

GILA.

No os asombre.

MINGO.

Plega a Dios que no se meta  
Gila, por querer ser brava,  
donde no pueda salir.  
Bien nos pudiéramos ir,  
que ya yo me contentaba  
con que haya sido chichón  
el tajo del carretero;  
aunque fue Tajo y fue Duero.

GIRALDO.

No hay quien la meta en razón.

MAESTRO.

Donzella, siente la espada  
y no nos entrampe el juego.

GILA.

Señor maeso, yo juego,  
y ya la tengo empuñada,  
y no he de h[az]er otra cosa  
que la que digo.

MAESTRO.

Pues vaya.

GILA.

Muger soy sólo en la saya.

MAESTRO.  
Y seréis muger famosa.

ANDRÉS.  
¿Al fin, señora donzella,

GILA.  
quiere jugar?  
Es antojo.

ANDRÉS.  
Por San Rorro, si me enojo,  
que pueden doblar por ella.

GILA.  
Jugar y callar pareze  
mucho mexor.

MAESTRO.  
Nunca vi  
tal muger.

GILA.  
Yo siempre fui  
dêste parezer.

MAESTRO.  
Mereze  
corónica este valor,  
brava postura, famoso  
partir cerrado y airoso;  
no pudo hazerlo mexor  
el mismo que lo ha inventado.  
¡Por vida de mase Juan!  
Reconozíéndose van.

GILA.  
Éste es revés por un lado.

(Cárgale la espada ANDRÉS y ella le da muy bien, y mete el montante.)

MAESTRO.  
Yo la vi, basta.

ANDRÉS

Y aún yo  
la he sentido y me âturdido,  
¡vive Dios!

GILA.  
Esto no ha sido  
nada, por Dios; que corrió  
la espada sobre la suya.  
Vaya otra.

MAESTRO.  
¡Estraña muger!

(Metiendo el montante.)

GILA.  
So maeso, ésta ha de ser.

MAESTRO.  
Aquí es bien que se concluya.  
Siente, Andrés.

MINGO.  
Pienso que siente  
lo mismo que yo sentí.

MAESTRO.  
En toda mi vida vi  
una muger tan valiente.

ANDRÉS.  
Que esto fue buscar moginas  
con todo el lugar sospecho.

GERÓNIMO.  
Digo que ha sido mal hecho.

GILA.  
Mienten como unos gallinas.

(Da sobre ellos GILA con la espada de esgrima, y GERÓNIMO desenvaina la suya, y ANDRÉS con la que tiene en la mano.)

MAESTRO.  
Asienta, muger, la espada.

GILA.  
Ya es tarde.

MAESTRO.  
Derribaréte  
con el montante.

GILA.  
¡Ea!, vete.

(Dale al maestro.)

MAESTRO.  
¡Al maestro, cuchillada!

GILA.  
Por esto se dixo.

MAESTRO.  
Espera.

GILA.  
¿Dónde, gallinas, me voy?  
¡Ah perros!, huid, que soy  
la serrana de la Vera.

GIRALDO.  
¡Hija, Gila!

GILA.  
Apartaos, padre,  
no os pierda el respeto aquí.

GIRALDO.  
Pondré las manos en ti,  
¡Por el siglo de tu madre!  
quebraréte este bordón  
en la cabeza.

MADALENA.  
Giraldo,  
pues no hay remedio, dexaldo.

MINGO.  
Voime con mi coscorrón.

GILA.  
¡Ah gallinas!

MADALENA.  
El decoro,  
enojada, a de perderos.

(Salga el que vende agua y anís, y en diciendo este verso, le quiebre el cántaro GILA, y digan de adentro.)

AGUADOR.  
¡Agua y anís, caballeros!

(De adentro.)

¡Guarda el toro! ¡Guarda el toro!

MINGO.  
Aún esto fuera peor.  
Voime a subir a un tablado.

GILA.  
Como a toro me han dexado;  
conozieron mi furor.  
Pésame que con espadas  
y el montante se me fueron;  
pero en efeto huyeron  
como gallinas mojadas.  
Tomaos eso que os lleváis,  
pues para volver, cuitados,  
como dizen, trasquilados,  
con la serrana os tomáis;  
con la que a brazo partido  
mata al osso, al jabalí;  
con la que un molino así  
mil vezes ha detenido;  
con la que arroxa más alta  
la barra que el pensamiento;  
con la que aventaxa el viento  
cuando corre o cuando salta;  
con quien güesos y costillas  
luchando a un hombre deshaze;  
con la que en las manos haze  
tres herraduras astillas;  
con quien como mimbres tiernos  
corta una enzina, una oliva;

con la que un toro derriba  
asiéndole por los cuernos;  
con la que en medio [d]el furor  
detiene un carro de bueyes.

(Tocan atabalillos y salen arriba a una ventana DON FERNANDO y DOÑA ISABEL, y  
siéntanse en dos sillas.)

Ya parece que los reyes  
salen a este corredor.  
Más agradables presencias,  
en toda mi vida vi;  
h[az]jelles quiero desde aquí  
dos cortesses reverenzias.  
Guárdeos Dios, reyes cristianos,  
y después que ambos viváis  
cuatro mil años, os vais  
al zielo dadas las manos,  
porque casados tan buenos,  
como hiedra y olmo es bien,  
que aquí y en el cielo estén  
jamás de gozarse ajenos.  
Que de vos, alta señora,  
a muchos días que estoy  
enamorada, y os doy  
los parabienes agora  
de los triunfos que gozáis  
de las cosas que havéis hecho,  
que bien el valor del pecho  
en el semblante mostráis.  
Ruego a Dios que no paréis  
hasta ganar a Granada,  
porque dempués coronada  
de sus granates quedéis,  
que dirán bien en la frente  
de tan divina amazona.  
Vos tenéis gentil persona  
y malhaya yo si miente  
en cuanto dize de vos  
la fama, y que, si hombre fuera,  
por vos sola me perdiera,  
y aún así lo estoy, ¡por Dios!  
Perdone, hermosa Isabel,  
vuestro Fernando dichoso,  
que lo fue en ser vueso esposo  
como vos en serlo dél.

Con esto, a Dios, que de mal  
vos libre y quede con vos,  
y echadme entrambos a dos  
vuesa bendición real,  
que de hinojos os adoro.

FERNANDO

¡Qué serrana tan graciosa!

ISABEL

Y cuanto ser puede hermosa.

(De adentro.)

¡Guarda el toro! ¡Guarda el toro!

FERNANDO.

Bizarro toro han sacado.

(Pónese en pie la serrana.)

GILA.

Hoy he de h[az]er por serviros

una suerte, sin pedir

licencia, pues me ha encontrado

en el coso la ocasión,

y yo a Isabel enamoro.

(De adentro.)

¡Guarda el toro! ¡Guarda el toro!

(Entren cayendo y levantándose algunos, y MINGO caídas las bragas y huyendo y diziendo.)

MINGO.

Aún éste es peor chichón

No temí en balde de estar,

pues esto pude temer,

en el coso, sin saber

la trasera asegurar.

GILA.

¿Dónde vas como Redina,

Mingo, todo desbragado?

(Entre MINGO huyendo.)

MINGO.

Voy huyendo, que me ha echado

el toro una melezina.

GILA.

Escupiendo espuma al zielo  
viene el toro; yo me arroxo,  
que si los cuernos le coxo,  
le he de h[az]er medir el suelo.  
(Éntrese arremetiendo hazia el vestuario.)

ISABEL.

Loca aquella labradora,  
Nuño, al parezer está.

NUÑO.

Por los cuernos asíó ya  
al toro feroz, y agora  
le rinde como si fuera  
una oveja.

FERNANDO.

¡Qué osadía!  
(Descúbrese agora entre los paños la cabeza del toro solamente, y ella echándole patas arriba.)

GILA.

Ya saben la fuerza mía  
los novillos de la Vera.

FERNANDO.

¡Qué valerosa muger!

ISABEL.

No he visto mayor valor.

FERNANDO.

¡Ola, don Nuño!

NUÑO.

¡Señor!

FERNANDO.

Merzedes le quiero hazer  
a esa muger; sabed dêlla  
de adónde es.

NUÑO.

¡Ah, labradora!,  
¿de adónde sois?

ISABEL.

Enamora  
verla tan valiente y bella.

GILA.

Con reverenzia y perdón,  
soy de Gargantalaolla,  
que de tan biçarra polla  
fue otra igual el cascarón,  
que no fue menos gentil.

NUÑO.

¿Qué nombre tenéis?

ISABEL.

Llamalda.

GILA.

Llámanme Gila Giralda,  
hija de Giraldo Gil.

ISABEL.

La labradoraza es braba.  
(Tocan caxas de adentro.)

FERNANDO.

¿Éstos qué atambores son?

NUÑO.

De don Rodrigo Xirón,  
maestre de Calatraba.

ISABEL.

El maestre viene; alguna  
nueva nos trae, pues marchando  
entra en Plasencia, Fernando.

NUÑO.

Ya el bravo Girón de Osuna  
llega.

FERNANDO.

Extraña novedad.

ISABEL.

Algo será de Granada.

GILA.

Bien el valor de su espada  
muestra el traje y magestad.

(Entre el maestre de Calatraba, DON RODRIGO GIRÓN, en cuerpo, de negro, con plumas negras en el sombrero y una ropilla como vaquero cerrada por delante y en medio del pecho una cruz, mayor que las ordinarias de Calatraba, y bastón, y haziendo sus reverenzias diga.)

RODRIGO.

Católicos monarcas de Castilla  
Isabel y Fernando, a quien el zielo  
 prospere, amén, y en la española orilla  
os haga tributar el indio suelo,  
entrando por el río de Sevilla  
(que fue al valor de vuestro santo agüelo  
espexo) de sus climas más remotas  
todos los años dos bizarras flotas.  
Yo llegué a Salamanca con la gente  
castellana, extremeña y andaluza,  
al orden que me distes obediente,  
después de la postrera escaramuza  
adonde cuerpo a cuerpo di al valiente  
Albaialdos zegrí y al gomei Muza,  
entre Ronda y Morón, muerte, a despecho.  
De un morisco escuadrón por mí desecho.  
Hallé llorando a todos vuestra ausencia;  
pero en vuestro retrato generosso  
vuestro mismo valor, vuestra prudencia  
y vuestro mismo pecho valeroso,  
que las precissas causas que a Plasencia  
os truxeron me dixo, y del forçosso  
socorro a Alhama el orden juntamente,  
que es luna al fin de vuestro sol absente.  
No quise en la ciudad dormir, que luego  
volví a marchar aquella misma tarde,  
porque la guerra no admitió sosiego  
en el valor que nunca fue cobarde.  
Del juvenil ardor, del marzial fuego  
el príncipe alentado, en el alarde  
quiso salir honrando mi persona,  
y dexando inmortal vuestra corona,  
sobre un polaco de villana raza,  
de hermosa vista y de faciones toscas,

que a corbetas las nubes amenaza,  
entre la cola y clin hecho mil roscas,  
la piel de la color de la linaza  
nevada a trechos de unas blancas moscas  
al parecer tan vivas, y a la espuela,  
que le han dado las alas con que vuela.  
Apenas el bucéfalo villano  
escuchó el son de la marcial trompeta,  
cuando de un mar de espuma crespa cano,  
siendo el príncipe un monte, se inquieta,  
alza el errado pie, baxa la mano  
y da un salto, una cox y una corbeta,  
midiendo de las casas lo más alto  
con la corbeta, con la cox y el salto.  
Quiso probar a darle una carrera,  
¡pluguiera a Dios que nunca lo intentara!,  
parte del furiosso bruto, de manera  
que imaginamos que jamás parara;  
el vulgo atento el fin violento espera,  
que le temió primero que llegara,  
que como con su voz Dios le autoriza,  
también algunas vezes profetiza.  
Cuando en medio de aquesta ligereza,  
que al viento, al pensamiento maravilla,  
en su velocidad misma tropieza  
y en el arena pone una rodilla,  
entre las manos mete la cabeza  
y a un corcobo le arroja de la silla,  
y aunque se asió a las crines, por la frente  
cayó sobre los ojos de la gente.  
Levantóse en el vulgo un alarido  
mirando la desdicha que temía,  
dexarretando al bruto, que corrido  
del desmán desdichado se escondía.  
Levantamos del suelo sin sentido  
al príncipe don Juan, que ya volvía  
en sí animoso, desde allí a la cama,  
y marchó luego a sacorrer a Alhama.  
No se atrevieron a escribir, y quise  
de camino avisaros sin pararme,  
por que el alarbe bárbaro no pise  
el muro que una vez llegó a entregarme.  
De su salud confía que os avise  
la infanta doña Juana. Mandad darme  
lizenzia, pues importa la presteza,  
y guarde Dios mil años a su Alteza.

(Éntrese tocando las caxas.)

ISABEL.

Para qui es el valor, Fernando; agora  
es menester el pecho generoso.

FERNANDO.

Católica Diana y vencedora  
de tanto cuello alarbe belicoso,  
ese heroico valor que España adora,  
en tan triste ocasión será forçosso  
que se le dé a mi pecho, que en los reyes  
del valor quiebra amor las graves leyes.  
La fiesta cesse aquí, y el cielo, al ruego  
de España, enseñe aquella piedad franca  
que siempre nos mostró.

ISABEL.

Partamos luego,  
sin parar a Plasencia, a Salamanca.

FERNANDO.

Vamos. Sin seso voy de llanto ciego.

ISABEL.

De sentimiento el alma se me arranca.

GILA.

Con esto estorbó el zielo que no fuera  
dichosa la serrana de la Vera.

## ACTO SEGUNDO

(GILA junto al vestuario asida de la manzera de un arado, como que está arando,  
y una agujjada en esotra mano, y dize.)

GILA.

¡Aquí, Naranjo! ¡Ah, bragado!  
Malas adibas te den.  
¡Cexar y dalle también!  
¡Oh!, pues si dexo el arado,  
la aguixada os he de h[az]er  
entre los cuernos pedazos,

que ya conozéis los brazos  
que Gila puede tener.  
¿Otra vez? ¡Vuelve aquí, loco!  
¡Ojo las cozes que da!  
¿Qué mosca te picó ya?  
¡Ah, bragado! Poco a poco.  
¡Oh!, que te dé rabia mala.  
¡Respingar y a ello, eso sí!  
Pues si apaño desde aquí  
un guijarro, no habrá bala  
que salga de la escopeta  
tan recia como saldrá  
desde mi brazo. ¡Merá!  
¿Qué diabros te inquieta?  
¿Eso sí?; pues a de ser  
arar y no respingar;  
que respingar y no arar  
con otra lo podréis h[az]er  
que sufra menos que yo  
condición y parezeres  
de alimañas y mugeres;  
al fin, que aunque me formó  
el cielo con ese ser,  
ya no podré a mi pesar  
dexarlo de confessar  
por no parezer muger,  
que es lo que yo más desseo;  
que el varonil corazón  
me dió con esta pensión.  
De Gargatalaolla creo  
que torna Mingo.

(De adentro MINGO.)

MINGO.

¡Jo, jo!

¡Jo, jo, burra de bellaco!

GILA.

¿Qué hay, Mingo?

MINGO.

En viéndote aplaco  
cualquiera cólera.

GILA.

Yo  
te agradezco la fineza.  
¿Qué hay de nuevo en el lugar?

MINGO.  
Mucha noche y dessear  
el día de tu belleza,  
que después que estás arando  
en el lugar no amaneze.

GILA.  
Que vienes de humor parece.

MINGO.  
Vengo, Gila, desseando  
ver tus ojos y mirar  
las flores que dan tus pies,  
y besártelos después.  
¡Ah! ¡Si quisieses amar!  
¡Si dieses como las otras  
zagalas en dar favores  
a sus firmes amadores!;  
pero luego te enquillotras  
en tratándote de amor,  
y no quieres conozer  
cómo naziste muger.  
Todo es fiereza y rigor,  
todo es matar; y a la fe,  
Gila, si en mirallo das,  
que matan tus ojos más,  
pero es de amores.

GILA.  
No sé,  
Mingo, lo que has visto en mí  
agora más que otras veces.

MINGO.  
Lo que agora me parezes  
siempre, Gila, conozí;  
más no he tenido ocasión  
de dezirte lo que siento,  
sino es esta vez que intento  
declararte mi pasión.  
Y no sé lo que se tienen  
un hombre y una muger

a solas, que aún sin querer,  
a mayores cosas vienen.  
Dígalo fray Juan Guarín  
y otros muchos que ha tentado  
la soledad y han gozado  
de altas empresas el fin;  
que en cuantas mugeres ves  
que casi imposibles son,  
alcanza más la ocasión  
que el amor ni el interés.  
¿Aquel cuento no has oído  
de aquel rey que por ahí  
dizen que estaba de sí  
tan loco y desvanecido,  
que no pensaba que había  
otro hombre criado el zielo  
más perfeto sobre el suelo,  
y estando mirando un día  
por los resquicios acaso  
de una puerta, descubrió  
a la reina dentro, y vio  
que tenía, ¡extraño caso!,  
en los brazos un enano  
(escarmiento de señores)  
haziéndole mil amores  
sólo porque le halló a mano,  
olvidando la hermosura,  
la grandeza y perfección  
del rey, porque la ocasión  
goza de la coyuntura?  
Ésta ha sido la que a mí,  
Gila, me da atrevimiento  
de dezirte lo que siento.  
Ama y volverás por ti,  
que viéndote tan hermosa,  
tan moza, tan alentada,  
tan bien vestida y calzada,  
tan discreta, tan airosa,  
los que de las quexas tuyas  
ven que no tienes cuidado,  
han dicho que lo has dexado  
por faltas secretas tuyas;  
y bien se ve que han mentido,  
porque no pueden caber  
en tan hermosa muger  
otras faltas que su olvido.

Ama, Gila, pues que ves  
que ama el oso, el jabalí,  
el toro, el jumento.

GILA.  
Assí  
querrás tú.

MINGO.  
Gila, después  
que te conozco, no soy  
señor de mi libertad;  
y si va a dezir verdad,  
tan enquillotrado estoy,  
que he de h[az]er un disparate  
si a la mano no me vas,  
adonde nunca jamás,  
Gila, me encuentren.

GILA.  
No trate,  
pues consiste en mí el remedio,  
tu amor de temeridades.  
Si a amarme te persuades,  
y no hay mar ni monte en medio  
que lo estorbe, yo procuro  
hazerte, Mingo, favores.  
Dime requiebros y amores.

MINGO.  
Gracias al zielo que el muro  
de imposible tan estraño  
rindió al amor el desdén.  
Yo me doy el parabién  
y adoro tu desengaño,  
pues te alumbró a conozer  
la nezedad que hasta aquí  
has hecho. Yo estoy sin mí,  
Gila, de amor y plazer.  
¿Qué requiebros te diré  
que igualen a tu hermosura?  
¿Sol? Ya es viejo y su fegura  
no llega, Gila, a tu pie;  
que es carir[r]edondo y roxo,  
y no tiene pies ni manos.  
¿Pues luna? No es de cristianos,

y es mudable a cada antojo.  
¿Estrella? Mirado bien  
es requiebro de rey mago.  
Si ángel del zielo te hago,  
te vengo a ofender también,  
porque no hay ángel ninguno  
que menos de cinco mil  
años tenga. Pues si abril  
de los campos, todo es uno,  
porque á que el abril nació  
otros cinco mil también,  
y que este nombre te den  
nunca bien me parezió,  
porque al más florido prado  
suele un jumento atreverse  
y un caminante ponerse  
a dexarlo perfumado,  
sino es que a tan malhechores  
les hazen contradición  
las ortigas, porque son  
mesegueros de las flores.  
Pues si te trueco el cabello  
en oro, la tez en plata,  
las mexillas de escarlata  
en nácar, el blanco cuello  
en el más terso marfil,  
la roxa boca en coral  
y los dientes en cristal  
con el aliento de abril,  
y otras cosas que aún los rudos  
trancos lo publican ya,  
para tu beldad será  
trocarte, Gila, en menudos;  
y siendo tu cuerpo entero  
carne y güeso como todos,  
h[az]erte con estos apodos  
aparador de pratero.  
Lo que te podré dezir  
es que le han dado tus ojos  
al alma tales antojos,  
que le han de h[az]er malparir,  
si antes beber no me dexas  
por esa boca penada.  
Pero lo que más me agrada,  
Gila, en ti son las orexas,  
que cada vez que te pinto

acá en la imaginación,  
no las hallo, porque son,  
Gila, orexas de corinto;  
y si mordellas me dexas,  
será favor soberano,  
porque tengo el gusto alano  
que se me va a las orexas.

GILA.  
¿Pequeñas te han parecido  
mis orexas?, y te he dado  
plato de orexas, guisado  
de que tú solo has comido,  
¿y aún no quedas satisfecho?

MINGO.  
Espero favor mayor,  
que es el fuego y el amor  
de esa condición.

GILA.  
Sospecho  
que tomarás una mano  
ahora si te la doy.

MINGO.  
Y de allí a los pies me voy,  
que no quiero ser villano.  
Dame a besar su cristal,  
su marfil, nieve, su cielo.

GILA.  
Toma.

MINGO.  
¡Ah! ¡Pesar de mi agüelo!

GILA.  
¿Tanto bien puede hazer mal?

MINGO.  
Que me matas, Gila, ¡suelta!

GILA.  
Mingo, ¿no ves que te quiero  
favorezer?

MINGO.  
Yo no espero  
favor de ti.

GILA.  
Estoy resuelta  
de que sea esta amistad  
apretada entre los dos.

MINGO.  
Afloxa, Gila, ¡por Dios!,  
que yo diré la verdad.

GILA.  
¿A la primer vuelta cantas  
en el tormento, gallina?

MINGO.  
Los güesos me has hecho harina.

GILA.  
¿De aquesto poco te espantas?

MINGO.  
¿Esto es poco, ¡pesi a mí!,  
y me has dexado sin dedos?

GILA.  
Qué bueno para los miedos  
que yo te he tenido a ti  
viéndome sola contigo,  
muger y en un despoblado.

MINGO.  
Hoy sólo lo has confesado,  
pero mi mano es testigo,  
aunque no podrá firmallo,  
que eres fiera y no muger,  
que eres tenaza en morder  
y en el aspereza rallo,  
albarda en matarme, espuela  
en picarme el corazón,  
sastre en mentirme afición,  
lobo y çorra en la cautela,  
muger en arrepentirte,

escribano en apretar,  
cebolla en h[az]erme llorar,  
vestido viejo en reírte,  
suegra en mostrarme rigor,  
en la voluntad cuñado,  
en la ingratitud criado  
y en las promesas señor;  
memoria en atormentarme,  
tiempo en burlarme sutil,  
marzo en la cola, alguazil  
en prenderme y no soltarme,  
en mudanzas baile y mar,  
más tiessa en tu parezer  
que de gorra suele ser  
el alcalde de un lugar,  
en lo zaino coz, mostaza  
en lo fuerte, en lo roín  
nezio rogado, rozín  
en querer ser tú almohaza,  
en el sacudirte galgo,  
en maltratar pechos tos,  
en dar pesadumbres «vos»  
de la boca de un hidalgo,  
en tener vueltas espada  
y en nunca tenellas vira,  
en desdezirme mentira,  
casamiento en ser pesada.  
Quédate, que yo me voy  
donde jamás vuelva a verte;  
aunque voy, Gila, de suerte  
que han de darte nuevas hoy  
de que me han visto ahorcar.

GILA.

Vuelve, Mingo, que no quiero  
verte morir, pues no espero  
ninguna cosa heredar;  
antes pretendo, si gustas,  
hazerte favores más  
si tú apercebido estás  
que para cosas tan justas  
tengo el pecho más humano.

MINGO.

Ya no quiero más favor,  
que me has quitado el amor,

Gila, como con la mano.

(Entre MADALENA alborotada.)

MADALENA.

Gila, ¿qué esperas aquí?

GILA.

¿Qué hay de nuevo, Madalena?

MADALENA.

El concejo alborotado,  
toda la villa revuelta.

GILA.

¿De qué modo?

MADALENA.

El capitán  
que, Gila, con la escopeta  
del lugar echaste un día,  
ha dado al lugar la vuelta  
con más de dozientos hombres  
de compañía, que piensa  
satisfazer el agravio  
con abrasarnos la tierra.  
Por escusar el concexo  
alborotos y revueltas  
con los soldados, al campo  
les sacaron tres terneras,  
veinte carneros, dos vacas,  
de pan como el sol -que apenas  
entre la nieve y el pan  
no hay nenguna diferencia-  
seis fanegas, un corral  
de gallinas, ocho espuertas  
de longanizas, chorizos  
y pernils de la sierra,  
muchos cabritos y gansos,  
mucha fruta de la Vera  
y seis pellejos, sin esto,  
de vino, que casi tiembla  
de edad, tinto y blanco y tal  
que haze hablar en varias lenguas  
a los que aprenden sus brindis,  
a los que beben su cencia,

y sin esto cien escudos  
al capitán por que hiziera  
la gente pasar a Cuacos,  
a Valdeflor o a la Venta.  
A cuyo presente, Gila,  
no dieron otra respuesta  
que colgar cuanto te he dicho,  
sin temor y sin vergüenza  
de Dios ni del rey, del rollo  
(como si estas cosas fueran  
ladrones o pesos falsos)  
y entrárenos por las puertas.  
Entró el capitán delante  
todo plumas, la gineta  
en la mano, y un mochacho  
que le lleva una rodela;  
dos tras él, disparando,  
de cinco en cinco en hilera,  
y al son de los atambores,  
plumas dando, haziendo piernas.  
Uno con una alabarda,  
dando carreras y vueltas,  
como processión los rixe,  
y el que lleva la bandera  
la va tremolando al aire,  
que es de más colores hecha  
que el pendón de un sastre, toda  
llena de cifras y letras,  
que, según el sacristán,  
que es astrólogo y poeta,  
leyó desde el campanario,  
ha dicho que dize en ellas  
«Gila y Lucas».

GILA.

Mal la cifra  
con el intento concierto,  
si éstas son muestras de amor  
y esotras de nuestra ofensa.

MADALENA.

Después que pasaron todo,  
otra compañía llega  
de mugeres que llevaban,  
que también van a la guerra,  
todas puestas de camino

y en jumentos caballeras,  
más afeitadas de cara  
que una casa de un aldea.  
A la de tu padre, Gila,  
llegaron dêsta manera,  
no sé con qué intento, prima;  
sólo sé que mandó apriessa  
cerrar las puertas; y yo  
por una falsa pequeña  
que al campo sale, he venido  
corriendo a darte estas nuevas.

GILA.  
¡Oh, pesar de mi descuido,  
que dexasse mi escopeta  
en casa esta vez! Mas vaya,  
que no importa mientras lleva  
Gila a si mesma consigo  
y esta honda y cuatro piedras,  
que suele, si al aire escupe,  
hazer temblar esta sierra.  
Mete, Mingo, en el corral  
esos bueyes, y esa rexa  
guarda en el cortixo, y vamos,  
que allá te aguardo.

MINGO.  
Eso fuera  
a no tener miedo yo.

GILA.  
¡Vive el zielo, Madalena,  
que han de saber hoy quién es  
la serrana de la Vera!

(Vanse.)  
(Entre GIRALDO solo. Tocando adentro la caja.)

GIRALDO.  
Abre de par en par, Pascual, las puertas,  
y el señor capitán entre en buen hora:  
veamos qué pretende de mi cassa,  
que reyes, a Dios grazias, y justicia  
tenemos para agravios semejantes.

CAPITÁN.

Hagan alto a la puerta dêsta casa  
hasta que avise yo, señor sargento.

(Entre.)

(De adentro.)

Alto de mano en mano. ¡Alto! ¡Alto!

GIRALDO.

Aquí está el dueño dêsta casa humilde:  
el señor capitán haga en mí y ella  
cuanto gusto le diere; pero mire  
que hay Dios y que hay justicia.

CAPITÁN.

Alzad, Giraldo  
que no vengo a ofenderos, sino a daros  
ocasión de que honréis la sangre vuestra.

GIRALDO.

De la nobleza que tenéis dais muestra;  
pero, ¿cómo, señor, queréis que piense  
que me venís a honrar desta manera,  
Sacándome las puertas de los quizios  
para entrar en mi casa?

CAPITÁN.

Con intento  
de lo que digo ha sido. Estadme atento.  
Ya estaréis de mi sangre satisfecho  
primeramente.

GIRALDO.

Vuestra noble sangre  
es la más noble de Plasencia, y creo  
que a vuestro padre conozí, y aún fuera  
de vuestro padre a vuestro agüelo y todo,  
que fueron valerosos caballeros.

CAPITÁN.

Pues yo pretendo honraros con hazeros,  
Giraldo, padre mío.

GIRALDO.

¿De qué modo?

CAPITÁN.

Si sois mi padre vos, cosa es bien clara  
que a Gila quiero por mi esposa

GIRALDO.

Agora  
digo, señor don Lucas, perdonadme,  
que no venís a honrarme, sino sólo  
a burlaros de mí.

CAPITÁN.

Giraldito, amigo  
veras son y muy veras las que os digo.

GIRALDO.

Gila no es para vos, señor don Lucas  
que es una labradora, hija de un hombre  
llano y humilde, aunque de limpia sangre:  
rica para el lugar donde ha nacido,  
pero no para vos, que sois tan noble.  
Buscad una señora que os iguale,  
que Gila para vos muy poco vale.

CAPITÁN.

Antes de su valor, Giraldito, naze  
el pretendella yo, que su hermosura  
y su valor me tienen inclinado  
de tal manera, que ninguna cosa  
será causa a poder dêsto apartarme;  
y ésta ha sido también la que me obliga  
a venir como veis a vuestra cassa  
y a Gargantalaolla, porque tengo  
patente general para aloxarme  
por todos los lugares de la Vera.  
Sólo este bien de vos mi dicha espera:  
Gila a de ser mi esposa y vos mi padre,  
que ¿qué madre mejor puedo a mis hijos  
darles que una muger que es tan famosa?  
No repliquéis palabra, sino dadme  
las manos a besar, y háganse luego  
las escrituras; que la hazienda vuestra  
con la poca que tengo de mis padres  
ayudarán para pasar, Giraldito,  
en Plasencia muy bien, cuando yo quiera  
dexar la guerra y retirarme a vida  
más sosegada y menos divertida.

GIRALDO.

Ya fuera nezedad y grosería  
no admitir la merzed, señor don Lucas,  
que hazéis a Gila y a mi sangre. Digo  
que cuanto yo tuviere es vuestro todo,  
y no será tan poco que no sea  
para pasar muy bien en cualquier parte,  
aunque colguéis la azada y los arados;  
y hágaos el zielo, amén, buenos casados.

CAPITÁN.

Dadme la mano como padre, y luego  
a Plasenzia enviaré para que traigan  
las amonestaciones, que con una  
desposarnos podremos; y esto sea  
con el mayor silencio que pudiéremos,  
por que mis deudos no lo contradigan.

GIRALDO.

Disponéis como cuerdo vuestras cosas:  
dadme los brazos, que mi hazienda es vuestra,  
mi honor, mi Gila. Y vuestra compañía  
alóxesse en mi casa toda junta,  
y vos hazed y deshazed en ella,  
que estoy loco de gusto, porque días  
tan alegres los padres enloquezen.

CAPITÁN.

Mis nobles pensamientos lo merezen.

GIRALDO.

Para que vayan a llamar a Gila  
me dad licencia, porque está en la arada,  
si va a dezir verdad.

CAPITÁN.

Del mismo modo  
que salió dêlla para rey de España  
Banba, puedo estimar que salga Gila,  
Giraldo, para reina de mi alma.

GIRALDO.

Razones son de vuestro heroico pecho.  
Volvé a abrazarme.

CAPITÁN.

Muy en horabuena.

(Entre GILA con la honda en la mano y en ella puesta una piedra, y MADALENA con ella.)

GILA.

¿Es esto lo que dices, Madalena?

MADALENA.

Todo el rigor se convirtió en abrazos.

GILA.

Yo he echado a perder hoy la mayor cólera que he tenido en mi vida.

GIRALDO.

Gila.

GILA.

Padre.

GIRALDO.

Muy bien venida seas.

GILA.

Yo venía  
más belicossa que era necesario  
para lo que he hallado, pues los brazos  
señal de amistad son. Adiós, que quiero  
a la arada tornar como primero.

GIRALDO.

Vuelve acá, Gila, mira que te aguardan,  
con la dicha mayor que muger tuvo,  
el zielo y la fortuna.

GILA.

¿Hanme elegido  
por general, por rey, obispo o papa?  
¿He heredado las casas, las haziendas  
de los señores de Castilla? ¿Vienen  
por mí para gran turca bautizada?  
¿Llámanme para h[az]erme prencipessa  
de Castilla y León, o prestejuana  
en las Indias, del Cairo gran señora,  
u de Alimaña y Roma emperadora?

GIRALDO.

Muy altos son tus pensamientos, Gila.

GILA.

Pedilde, padre, cuenta a las estrellas  
de esa altivez, pues ellas son la causa.

GIRALDO.

Medir con la humildad del nazimiento,  
Gila, la voluntad y el pensamiento.

GILA.

¿Qué dicha, padre, al fin es la que aguardo  
del cielo y la fortuna?

GIRALDO.

Tu remedio.

GILA.

Pues qué, ¿quieres casarme?

GIRALDO.

Sí, y advierte  
si es dicha la que aguardas, pues te caso  
con el señor don Lucas, caballero  
de los Caravajales de Plasencia,  
y juntamente capitán, que a sólo  
este efeto no más, Gila, ha venido  
a Gargantalaolla.

GILA.

Hasta agora  
me imaginaba, padre, por las cosas  
que yo me he visto h[az]er, hombre y muy hombre,  
y agora echo de ver, pues que me tratas  
casamiento con este caballero,  
que soy muger, que para tanto daño  
ha sido mi desdicha el desengaño.  
No me quiero casar, padre, que creo  
que mientras no me caso que soy hombre.  
No quiero ver que nadie me sujete,  
no quiero que ninguno se imagine  
dueño de mí; la libertad pretendo.  
El señor capitán busque en Plasencia  
muger de su nobleza que le iguale,

que yo soy una triste labradora  
muy diferente d'el, para los campos  
buena que me conozen, y no quiero  
meterme agora a caballera y h[az]erme  
muger de piedra en lo espetado y tiesso,  
encaramada en dos chapines, padre,  
y con un verdugado hecha campana,  
lominaria con una lechuguilla,  
aprendiendo de nuevo reverenzias,  
que será para mí darne ponzoña,  
y Gila no es buen nombre para doña.

CAPITÁN.

No es bien que despreciéis, hermoso dueño  
de mis desseos y del alma mía  
-perdóneme Giraldo, vuestro padre,  
que desde aquí le tengo ya por mío-,  
amor que se reduce a pensamientos  
tan bien nazidos, tan en honra vuestra,  
que por vida de vuestros dos luzeros,  
ojos del zielo de esa hermosa cara,  
que habéis de ser al lado de don Lucas,  
si merezco esa mano, otra Semíramis,  
otra Evadues y Palas española.

GILA.

Esa razón me puede obligar sola,  
por imitar a vuestro lado luego  
a la gran Isabel, que al de Fernando  
emprende heroicos hechos; que si vivo,  
y ocasiones me ofrezca la fortuna,  
a de quedar contra la edad ligera  
fama de la serrana de la Vera.

CAPITÁN.

Pedirne albricias, por que os dé desseos  
nuevos, almas y vidas con que amaros.

GILA.

Aunque no supe amar, pienso pagaros.

MADALENA.

Goza el estado muchos años, Gila.

GILA.

Será para servirte, Madalena.

(DON GARZÍA de camino.)

GARZÍA.

Nunca en la Vera imaginé alcanzaros.

CAPITÁN.

Seáis muy bien venido, don Garzía,  
que habéis estado a fe bien desseado.  
¿Cómo habéis, en efeto, despachado?

GARZÍA.

Luego en llegando me aprobó el consexo,  
aunque llegué a ocasión a Salamanca  
para España bien trágica.

CAPITÁN.

¿En qué estado  
queda el príncipe?

GARZÍA.

Oídmeme con cuidado.

Después que de la carrera  
de aquel caballo que a España  
fue el de Troya, pues ha sido  
de tan gran desdicha causa,  
quedó el príncipe don Juan  
tan enfermo en Salamanca,  
de su mal lograda vida  
con tan pocas esperanzas,  
Fernando y doña Isabel,  
la jornada de Granada  
dexando, dieron la vuelta  
a llorar tan gran desgrazia.  
«Siete doctores lo curan...»,  
y entre ellos el de la Parra,  
nuevo Galeno español  
que a Esculapio se adelanta.  
Todos hasta el catorzeno  
la vida al príncipe alargan,  
y el de la Parra una noche  
le dize tales palabras:  
«Muy malo está vuestra alteza...»  
don Juan, príncipe de España;  
al cuerpo faltan remedios,  
acúdanse a los del alma.

La muerte a nadie perdona,  
que de los reyes las guardas  
atropella y no respeta  
como mayor rey la manda.  
«Tres horas tenéis de vida,  
y la una ya se pasa... «  
que de la vida es el pulso  
el reloj que las señala.  
Quien os engaña no os quiere,  
y a quien hoy os desengaña  
debéis más, que las lisonjas  
aquí no sirven de nada.  
Sin herederos vos dexa  
el cielo: secretas causas  
debe de haber que lo ordenan,  
que en la tierra no se alcanzan.  
El reino, por vuestra muerte,  
queda a la señora infanta;  
ampare Dios a Castilla  
y a vos os perdone el alma.»  
Valor mostrando, responde  
el príncipe al de la Parra:  
«Con ser la verdad primera  
que me han dicho, no me espanta.  
Natural cosa es la muerte;  
sólo me aflige la falta  
que puedo hazer a Castilla,  
aunque dexo tres hermanas;  
pero Dios, que determina  
que muera, sabrá amparalla  
con herederos que importen  
más a su iglesia romana.»  
Y recibiendo de nuevo  
los sacramentos, dio el alma  
al cielo, luto a Castilla  
y general llanto a España.  
En la catedral se hizo  
un túmulo, cuya rara  
fábrica admiró en su pompa  
la arquitectura romana.  
El edificio soberbio  
las cuatro especies mostraba  
de las columnas antiguas  
que inventó Efesia y Acaia:  
las dóricas y corintias,  
las jónicas y tuscanias,

que el español mauseolo  
hasta los zielos levantan  
sobre los embasamentos  
de pedestales y basas,  
cuadros equinos bozeles,  
lengüetas, escitas, çanjas,  
nazelas, filetes, plintos,  
murezillos, contrabasas,  
troquilos, planos, talones,  
armilas, gradillas, bandas,  
cuyo hermoso frontispicio  
con el capitel rematan  
arquitrabes y cornixas,  
frisos y molduras varias,  
coronas, gulas, casetos,  
gotas, balaustres, armas,  
exes, triglifos, metopas,  
témpanos, linteles, jambas.  
Tocaba el capel ardente  
en la cúpula mosaica  
de la capilla mayor,  
adonde un águila estaba  
al sol probando sus hijos,  
y uno déllos con las alas  
batiendo sus rayos de oro,  
con unas letras doradas  
que dizen: «Éste es mi nido.  
¡Adiós, grandezas humanas,  
que parezéis muy pequeñas  
desde tan alto miradas!»  
Doze pendones pendían  
luego con las castellanas  
y aragonesas insinias;  
y en el capitel, España,  
armada como la pintan,  
pisando yelmos y espadas,  
cuyas lágrimas son letras  
que dêsta suerte lloraban:  
«Yo he perdido solamente,  
que el príncipe don Juan gana  
más dichosas monarquías,  
conquistas más soberanas.»  
Al lado derecho suyo  
estaba también la fama,  
y al siniestro la fortuna,  
que rendida se mostraba,

y más abaxo la muerte,  
arrepentida y turbada,  
reclinando el flaco cuerpo  
sobre su corva guadaña.  
En medio dêste edificio,  
que ardiendo en luzes estaba,  
el del príncipe pusieron,  
armado con blancas armas,  
la corona en la cabeza,  
puesta la mano en la espada,  
dando ocasión a los ojos,  
que con lágrimas cegaran.  
Mostrando el valor que tienen  
los católicos monarcas,  
a las obsequias asisten;  
y luego, en siendo acabadas,  
los monteros de Espinosa  
el cuerpo en hombros levantan  
y a la bóveda le llevan,  
donde un secretario aguarda,  
que toma por testimonio  
que queda en aquella caja  
de plomo el cuerpo; y con esto  
todos los actos se acaban,  
previniendo el juramento  
de la infanta doña Juana,  
que mil años guarde el zielo  
como a menester España.

CAPITÁN.

Notable desgrazia ha sido.

GIRALDO.

Toda esta vida es desgrazias.

GILA.

Las lágrimas, Madalena,  
de lástima se me saltan.

MADALENA.

No te he visto jamás tierna  
sino es hoy.

GILA.

La misma causa  
trae consigo el llanto, prima.

CAPITÁN.

Hay novedades estrañas.

GARZÍA.

¿Dónde ha de estar la bandera?

CAPITÁN.

Aquí, que el cuerpo de guardia

quiere Giraldo que sea

dentro de su misma casa.

Vamos a alojar la gente.

Adiós, Giraldo.

GIRALDO.

Dios vaya

con vos.

CAPITÁN.

Adiós, dueño mío.

GILA.

El mismo os guarde.

GARZÍA.

No es mala,

don Lucas, la motilona.

CAPITÁN

A Gila le dexo el alma.

(Vanse DON LUCAS y DON GARZÍA.)

GIRALDO.

Aliña la casa, Gila,

y haz que se pongan dos camas

para el capitán y alférez:

las sábanas nuevas saca

de tu axuar, y las colchas,

y enfunda cuatro almohadas,

que no güela más que a limpio

todo, y quita de la sala

los ciegayernos, que agora

sólo los ciega tu cara

y tu varonil valor,

que es la dote que te casa;

y a los capones más gordos  
tuerze los cuellos, y mata  
un lechón, y arroja dentro  
de la olla dos torcazas  
palomas y algún sisón,  
que de lo que toca a vaca  
y carnero buena queda;  
y mientras voy a la plaza,  
pon la mesa, y queda adiós.

(Vase GIRALDO.)

MADALENA.  
Prima Gila, ordena y manda,  
que yo te ayudaré a todo,

GILA.  
Vamos primero que nada  
a ver del modo que ponen,  
Gila, la bandera y armas.

MADALENA.  
Soldados salen aquí  
a jugar (si no me engaña,  
Gila, la maginación)  
los dados sobre una caja,  
que así suelen h[az]erlo siempre.

GILA.  
De buena gana jugara,  
prima, los dados con ellos.

MADALENA.  
¿Sabes?

GILA.  
Cuando estuvo en casa  
del barbero la bandera  
el año pasado, daba  
en mirar y aprendí el juego.

MADALENA.  
Todo cuanto hay se te alcanza.

GILA.  
Por inclinación soy hombre.

(Salgan ANDRÉS y GERÓNIMO y otro SOLDADO con una caja y dados para jugar.)

ANDRÉS.  
El socorro juego.

GERÓNIMO.  
Vaya.

ANDRÉS.  
Que me ha picado, ¡por Dios!,  
el señor cabo de escuadra.

CABO.  
Pues adviértale que luego  
muda la posta de guarda.

ANDRÉS.  
Dorabuena.

GERÓNIMO.  
Más al onze.

ANDRÉS.  
Esto paro a la trocada.

GERÓNIMO.  
Tire, que un onze ganó.

ANDRÉS.  
¡Oh cuatro veces malhaya  
quien es desdichado y juega!

(Llégase a ver jugar GILA y MADALENA; saca el dinero y pónelo en la mesa y toma los dados.)

CABO.  
¿Quiere jugar, camarada?

GILA.  
De buena gana por cierto  
yo juego.

CABO.  
¿Hay dinero?

GILA.  
En plata.

CABO.  
Moza varonil, ¡por Dios!

ANDRÉS.  
Herónimo, la serrana  
es ésta que allá en Plasencia  
ya te acuerdas.

GERÓNIMO.  
¿Pues no basta  
para memoria los toques  
que contra negras y blancas  
espadas nos dio a los dos  
con sola una negra espada?  
Su casa pienso que es ésta.

ANDRÉS.  
Desimula agora y calla,  
que antes de marchar un chirlo  
le a de quedar por la cara.

GILA.  
¿No juegan?

ANDRÉS.  
Pues, ¿por qué no?

GILA.  
A todos digo.

GERÓNIMO.  
Quien paga  
tan francamente no es mucho  
que lo diga.

CABO.  
A todos gana.

ANDRÉS.  
Si no es a mí que no quiero.

GILA.  
De barato se lo daba

si no hubiera puesto encima  
la mano.

ANDRÉS.

Las suyas blancas  
beso por esa merzed;  
pero aténgome a mis garras.

GILA.

Pues conmigo se las corta,  
so soldado. ¿No bastaba  
para conozer mi humor  
lo que no á muchas semanas  
que a los dos passó conmigo?

ANDRÉS.

Mírelo bien s[eñ]ora honrada.

GILA.

¿No es él a quien yo molí  
a espaldarazos que habla?  
¿Tiene más que haber dexado  
por los frascos, las reatas;  
por el arcabuz, las mulas,  
y las ruedas por las caxas?

ANDRÉS.

Quien lo imaginare digo,  
que si no miente, se engaña.

GILA.

Para tales ocasiones  
guardo yo estas bofetadas.

(Dale una bofetada.)

ANDRÉS.

Las muelas me ha echado fuera.

(Quítase la honda GILA.)

GILA.

Piedras, Madalena, y salgan  
los gallinas por que acaben  
de conozer la serrana.

CABO.

Vuazé se tenga y ninguno  
se mueva a sacar la espada,  
porque es muger en efeto  
y es este cuerpo de guardia.

ANDRÉS.

Basta que voaze lo diga.

CABO.

Nunca una muger agravia.

GERÓNIMO.

Así lo entiendo.

CABO.

Pues sean  
amigos.

GILA.

¡No dizen nada!

CABO.

Sus amigos quieren ser;  
dème aquesa mano y basta,  
reina.

GILA.

Yo no soy amiga  
de gallinas.

(Vanse GILA y MADALENA, volviendo GILA la cara.)

CABO.

¡Muger brava!  
Ésta debe ser, sin duda,  
la que tiene tanta fama.

ANDRÉS.

Preguntádselo a mis muelas.  
No más burlas con serranas.

(Vanse.)

(La reina DOÑA ISABEL y el maestre de Calatraba con ferreruelo de bayeta.)

ISABEL.

Seáis, maestro, bien venido.

RODRIGO.

Déme  
vuestra alteza su mano, que ya he dado  
el pésame del príncipe a su alteza  
que justamente...

ISABEL.

¿Cómo queda Alhama?

RODRIGO.

Ya lo sabréis de boca de la fama,  
que ésa fue la ocasión de haber venido  
a mostrar la tristeza, que las deudas  
de mis obligaciones justamente  
publican y en el suelo castellano...

ISABEL.

¿Cómo dexáis al conde vuestro hermano?

RODRIGO.

Bueno, señora, y de la misma suerte  
que yo, lleno del justo sentimiento  
de Archidona y Morón, donde ha mostrado  
que a tal falta se debe, en las fronteras  
que al príncipe...

ISABEL.

Es el conde un gran soldado.

RODRIGO.

Los mal logrados años de su alteza  
son de igual sentimiento con la falta  
que tienen estos reinos de heredero  
y más tan valeroso y tan amable...

ISABEL.

Maestre, guárdeos Dios.

(Éntrese la reina y quede solo el maestro.)

RODRIGO.

¡Valor notable!  
No puede resistir el llanto y quiso  
entrarse por que nadie dezir pueda

que la ha visto llorar. ¡Oh castellana  
Evadnes! ¡Oh Semíramis cristiana!  
¡Oh invencible católica española!  
Tú puedes ser del mundo Fenis sola.

(Entre el rey leyendo una carta.)

FERNANDO.

Maestre, ¿adónde está la reina?

RODRIGO.

Agora  
se retiró con sus altezas.

FERNANDO.

Basta,  
que el Rey Chico me escribe deseoso  
de hazer pazes conmigo y alianza,  
que otra vez a Granada ponga sitio;  
porque, como sabéis, están en bandos  
él y Muley su tío, el que posee  
la parte de la Alhambra. ¿A quién, maestre,  
a vuestro parecer podré encargalle  
esta ocasión? Porque el marqués de Cáliz,  
el señor de Aguilar, el Guzmán Bueno  
de Niebla, el gran Ribera adelantado  
de Andalucía y vuestro hermano el conde  
y el de Palma se ofrezan a la impresa,  
ya que tengo jurada a la princessa.

RODRIGO.

Pues me llegáis a pedir  
parezer, os lo he de dar,  
que no tengo de engañar  
a quien tengo de servir,  
y hablar verdades me obliga  
después de Isabel y vos,  
¡por vida de ambos a dos!,  
o el mismo moro lo diga  
que en mis vitorias me alaba,  
que toca aquesta ocasión  
a don Rodrigo Girón,  
maestre de Calatraba.  
Bien me pueden perdonar  
el de Cáliz y el de Niebla  
que el mar de despojos puebla,

el de Palma y Aguilar,  
el famoso adelantado  
que tantos triunfos enseña,  
mi hermano el conde de Ureña  
que esta impresa han desseado;  
que son, como he visto yo,  
entre desnudos azeros  
generosos caballeros,  
pero más valientes no.  
Y por la cruz que estos pechos  
marca, que habéis de mirar  
en breve tiempo juntar  
a estos dichos muchos hechos.  
Los pendones castellanos  
marchen a Granada, pues,  
que yo os la pondré a los pies  
o me cortaré las manos.

FERNANDO.

Dadme los brazos, maestre,  
que esto fue, a dezir verdad,  
probar vuestra voluntad.

RODRIGO.

Mi propia sangre la muestre  
tantas vezes derramada.

FERNANDO.

No me tenéis que advertir;  
lo que importa es prevenir  
brevemente la jornada,  
que importa la diligenzia,  
y el hallarme yo presente,  
baxando primeramente  
por Guadalupe a Plasencia,  
a dar a unos bandos fin  
que hay entre Caravajales  
y Estúñigas.

RODRIGO.

Las reales  
presencias, señor, al fin  
acaban cualquiera impresa  
con más prisa y brevedad.

FERNANDO.

Maestre, a besar entrad  
las manos a la princessa.

(Éntrense.)

(El SARGENTO y DON GARCÍA.)

SARGENTO.

Señor alférez, ya está  
en orden la compañía  
para marchar.

GARZÍA.

No querría  
que se arrepintiese ya  
si la moza le ha agradado,  
como suele suceder,  
por que no llegase a ser  
de veras lo imaginado  
de burlas.

SARGENTO.

Con la ocasión  
de acercarse el casamiento  
debió de cumplir su intento,  
que su altiva condición  
no pienso que de otra suerte  
pudiera nadie rendir.

GARZÍA.

Y aún así ha sido esculpir  
un diamante.

SARGENTO.

Muger fuerte.

GARZÍA.

Esta noche es la primera  
que rindió su voluntad.

SARGENTO.

Pues si va a dezir verdad  
ya amaneze; no quisiera  
que nos coxiera aquí el día,  
porque es, según se me alcanza,  
cierta señal de mudanza.

GARZÍA.  
Gente viene.

(Salga DON LUCAS el capitán.)

CAPITÁN.  
¿Es don García?

GARZÍA.  
Y el sargento.

CAPITÁN.  
Vamos, pues,  
que ya coxió la venganza  
lo que sembró mi esperanza,  
y lo que Gila después  
despierta habrá de llorar.

GARZÍA.  
¡Buena moça!

CAPITÁN.  
Yo me fundo  
en que no la tiene el mundo  
en llegándola a gozar.

GARZÍA.  
Qué presto que el freno tascas.

CAPITÁN.  
Con la que amor más estima,  
en descubriendo el enima,  
todo es bochornos y bascas.

GARZÍA.  
Reniega tú de picarte  
y de hallar alguna cosa,  
aún en la que no es hermosa,  
que pueda cuidado darte  
del no sé qué que se dize  
que se alcanza por ventura,  
que querrás que su hermosura  
todo el mundo solenize,  
y en los aires andarás;  
que también con más rigor

suele ser mosca el amor.

CAPITÁN.

No me sucedió jamás.

GARZÍA.

A mí sí.

CAPITÁN.

Vamos de aquí,  
y agradézcame el lugar  
que no le abraso.

SARGENTO.

Marchar.

CAPITÁN.

Yo llegué, engañé y venzí.

(Éntrense, y toca el atambor a marchar, y de adentro dize GILA, y salga luego con un manteo como que se levanta de la cama.)

GILA.

¡Traición! ¡Traición! ¡Padre! ¡Prima!  
¡Mingo! ¡Pascual! ¡Antón! ¡Presto,  
socorred mi afrenta todos!  
¡Ah de mi casa! ¡Ah del pueblo!  
¡Qué se me van con mi honor;  
que un ingrato caballero  
me lleva el alma! ¡Socorro!,  
¡qué me abraso, que me quemo!  
¡Ay, confusos atambores,  
enemigos istrumentos  
de la muerte y de la envidia,  
que en el alma dais los ecos  
del ánimo y la venganza,  
despertadores soberbios,  
relojes de mis desdichas,  
de mi agravio pregoneros!  
¿Qué os hizo mi honor que vais  
tocando alarma y huyendo?  
¿Por qué si vais vitoriosos,  
las espaldas habéis vuelto?  
Esperad o no venzáis,  
que no es bien, cobardes siendo,  
dexéis a mi honor venzido

en la muralla del sueño.  
¡Ay furia! ¡Ay rabia! ¡Ay zielos,  
que se me abrasa el alma! ¡Fuego! ¡Fuego!

(Salgan agora alborotados GIRALDO, PASCUAL, MADALENA y MINGO envuelto en la manta de la cama.)

GIRALDO.  
¿Qué voces son éstas, Gila?

MADALENA.  
Prima, ¿qué es esto?

MINGO.  
¿Qué es esto?

GILA.  
Mi desdicha y vuestra culpa,  
mi engaño y vuestros consejos.  
Nunca yo diera la mano  
por vos a, aquel mostro fiero,  
que en mi afrenta se ha cebado  
en mis agravios sangriento;  
que no sé por ella el alma,  
padre, qué invisible fuego  
me penetró los sentidos  
desde la suya de hielo,  
qué hechizo me adormezó  
que comencé desde luego  
a dársela por los ojos  
en amorosos desseos.  
Reniegue el que es menos sabio  
de la de más fuerte pecho,  
que no hay muger que resista  
en mirando y en oyendo.  
Como imaginé que estaba  
tan cercano el casamiento,  
le di esta noche en mis brazos  
ocasión para ofenderos.  
¡Malhaya, padre, quien fía  
de sus mismos pensamientos,  
de palabras de los hombres,  
de regalos y requiebros!  
que estas galas enemigas,  
dizen, tremolando al viento:  
aquí se aloxan agravios

a costa del propio dueño.  
Echaldo de ver, pues marcha  
ese capitán Bireno  
haziéndome Olimpia a mí  
y roca su ingrato pecho.  
¡Ay furia! ¡Ay rabia! ¡Ay zielos,  
que se me abrasa el alma! ¡Fuego! ¡Fuego!

GIRALDO.

Las queexas dexemos, Gila,  
y acudamos al remedio.

GILA.

Bien dezís. Dadme un caballo  
que imite a mis pensamientos,  
y tú, Madalena, dame  
de vestir; tú, Pascual, luego  
dos escopetas me carga;  
tú, Mingo, convoca al pueblo  
para que salgan a darme  
ayuda; y ruego a los zielos  
que ofendidos no castiguen  
a mi enemigo primero,  
ni que primero que yo  
ninguno le mate, siendo  
restaurador de mi honra,  
que por estos brazos mismos  
mi agravio quiero vengar,  
que sólo a todos les ruego  
que vengan a ser testigo  
de la suerte que me vengo.  
Y guárdense de mí todos  
cuantos hombres tiene el suelo  
si a mi enemigo no alcanzo,  
que hasta matarlo no pienso  
dexar hombre con la vida;  
y hago al zielo juramento  
de no volver a poblado,  
de no peinarme el cabello,  
de no dormir desarmada,  
de comer siempre en el suelo  
sin manteles, y de andar  
siempre al agua, al sol y al viento,  
sin que me acobarde el día  
y sin que me venza el sueño,  
y de no alzar, finalmente,

los ojos a ver el cielo  
hasta morir o vengarme.

MINGO.

Todos dezimos lo mesmo.

GIRALDO.

¡Ea! ¿A qué esperamos, hija?  
Vamos de aquí.

GILA.

Rabio y muero.

Sin honra estoy. Vamos, padre,  
que de coraje reviento.

¡Ay furia! ¡Ay rabia! ¡Ay zielos,  
que se me abrasa el alma. ¡Fuego! ¡Fuego!

### ACTO TERCERO

(De adentro voces.)

Echa ¡hao! a man[o] derecha  
por el camino de abaxo.

MINGO.

No hay atajo sin trabaxo,  
cualquiera senda es estrecha;  
temeroso de encontrar  
con Gila, que airada y fuerte,  
como si fuera la muerte,  
nadie quiere perdonar;  
que como en el capitán  
su agravio no santisfiço,  
y el juramento que hizo  
en cuantos vienen y van  
cumple valerosamente,  
siendo tan brava homezida,  
que no dexa con la vida  
padre, amigo ni pariente  
por aquesa cordillera  
me arrojé con un rozín  
que está cerca de su fin.  
Nunca yo se lo pidiera

al boticario emprestado,  
que no sé en esta ocasión  
qué muermo le dio o torzón,  
que dio conmigo en el prado;  
y no hay remedio con él  
de podelle levantar.  
Bueno volveré al lugar  
con esta nueva y sin él.  
Para de aquí a Xarandilla  
a pata pudiera ir yo;  
¿quién diabros me subió  
de sellalbarda a la silla?  
Ojo, que tendido está;  
no hay esperanza tan larga;  
él se arrojó con la carga.  
Quiero volver y quizá  
que se levante ser puede,  
asiéndole por la cola;  
pero temo que ella sola  
en la mano se me quede  
según está desmayado  
y tien la cola madura.  
Yo tengo poca ventura;  
nunca más rozín prestado.

(Éntrese, y comienze uno a cantar este romanze desde adentro.)

CAMINANTE.

Allá en Gargantalaolla,  
en la Vera de Plasenzia,  
salteóme una serrana  
blanca, rubia, ojimorena.  
Botín argentado calla,  
media pagiza de seda,  
alta basquiña de grana  
que descubre media pierna;  
sobre cuerpo[s] de palmilla  
suelto airosamente lleva  
un capote de dos faldas  
hecho de la misma mezcla;

(Agora vaya baxando por la sierra baxo, abriendo una cabaña que estará hecha arriba,  
GILA la serrana como la pinta el romanze, sin hablar.)

el cabello, sobre el hombro  
lleva partido en dos crenchas,

y una montera redonda  
de plumas blancas y negras;  
de una pretina dorada,  
dorados frascos le cuelgan;  
al lado izquierdo un cuchillo,  
y en el hombro una escopeta.  
Si saltea con las armas,  
también con ojos saltea.

(Pone agora la escopeta entre las ramas y dize.)

GILA.  
Tente, caminante.

CAMINANTE.  
¡Ay Dios!

GILA.  
Apéate, acaba.

CAMINANTE.  
Espera.  
¡Qué hove de encontralla aquí  
pensando que era consexá!

GILA.  
¿Dónde vienes?

CAMINANTE.  
De Toledo.

GILA.  
¿Adónde vas?

CAMINANTE.  
A Plasencia.

GILA.  
¿Qué dinero llevas?

CAMINANTE.  
Poco.

GILA.  
Saca luego cuanto llevas.

CAMINANTE.

En esta bolsa va todo;  
perdona el ser poco.

GILA.

Muestra.  
Tú cantas mal y porfías.

CAMINANTE.

Tu historia pienso que es ésta.

GILA.

Ya sé que es mi historia.

CAMINANTE.

Agora  
no solamente en la Vera,  
sino en Castilla, no cantan  
otra cosa, y tu belleza  
y tu fama se aventaxa.

GILA.

¿Parézcote hermosa?

CAMINANTE.

Afrentas  
al sol, al alba, a las flores.

GILA.

¿Estimaras que te hiziera  
favor?

CAMINANTE.

Y será bien grande  
si con la vida me dexas.

GILA.

Esa sierra arriba sube,  
que en la cumbre de esa sierra  
tengo una choza en que vivo,  
de encinas y robles hecha,  
donde quiero que conmigo  
hasta ver el alba duermas,  
que desde allí con el día  
podrás pasar a Plasenzia.

CAMINANTE.  
Tuyo soy, daréte el alma.

GILA.  
Sube.

CAMINANTE.  
¿Qué cruces son éstas?

GILA.  
De hombres que he muerto.

CAMINANTE.  
Desdizen  
tu hermosura y tu fiereza.

GILA.  
Tengo razón de mostralla.

CAMINANTE.  
¡Qué altas están estas peñas!

GILA.  
Pues desde aquí has de ir al río.

(Arrójale.)

CAMINANTE.  
Engañásteme, sirena.

GILA.  
También a mí me engañaron.  
(Pone una cruz, que estará hecha de dos palos pequeños.)  
Esta cruz te debo; tenga  
el cielo de ti piedad.  
Gente parece que suena;  
otro cayó en el garlito;  
no es hombre, parece bestia,  
aunque camina en dos pies,  
con silla y freno.

(Entre MINGO con la silla puesta y apretadas las cinchas y el freno puesto en la cabeza también.)

MINGO.  
¡Qué venga

dêsta suerte un hombre humano  
por llevar cosas ajenas!  
En sus treze dio el rozín,  
que esto de dar de cabeza  
porfiando en una cosa  
es de nezios y de bestias;  
bien es verdad que acabó  
como si un páxaro fuera:  
todos hemos de parar  
en esto mismo por fuerza.  
¡Oh necesidad infame  
que a un hombre ensillas y enfrenas!  
Pero quien mereze albarda,  
no es mucho que silla tenga.  
¡Pardiobre!, yo di con Gila.  
¿Qué he de h[az]er? Mas linda treta  
me ofreze el freno y la silla;  
que me matará esta fiera  
en sabiendo que soy hombre;  
hoy me a de valer ser bestia.  
Yo me pongo en cuatro pies  
y tiro cozes soberbias,  
y doy saltos y relincho,  
y piso y hago corbetas.

GILA.

Este villano procura  
engañarme, y por la mesma  
treta coxerle imagino.

MINGO.

¡Ciégala, santa Guiteria!

GILA.

Caballito, caballito,  
el de las piernas de xerga,  
por la virtud que hay en ti  
que me digas quién te lleva,  
(MINGO pónese en dos pies.)  
quién te rije, quién te manda,  
quién te da zebada nueva,  
quién te enfrena, quién te ensilla,  
quién te limpia, quién te hierra.

MINGO.

Por la gracia de Dios Padre

el caballo hablado hoviera,  
las palabras que dezía  
eran en su misma lengua:  
Mingo soy, que ando perdido  
hoy en fegura de bestia,  
aunque el mismo papel hazen  
muchos vestidos de seda.  
Prestóme por mi desdicha  
(o por la suya pudiera  
dezir mexor) un caballo  
para llegarme a esta aldea  
allá nuestro boticario,  
que según dixo el albéitar,  
que nazió con él, cumplía  
cincuenta años a estas hierbas,  
y dióle tan gran torzón  
atravesando esta sierra,  
que se quedó como espada,  
aunque fue espada sin vuelta;  
y ensillado y enfrenado,  
como ves dêsta manera,  
vuelvo a Gargantalaolla.

GILA.  
De tu desdicha me pesa.

MINGO.  
Soy desdichado en rozines.

GILA.  
Nadie es dichoso con bestias.  
¿Qué hay de nuevo en el lugar,  
Mingo?

MINGO.  
Mil cosas hay nuevas.

GILA.  
¿Vive el cura?

MINGO.  
Y su sobrina  
se fue a casar a Plasencia  
con un hidalgo.

GILA.

¿Y el sastre?

MINGO.

Murió.

GILA.

San Dimas le sea  
con Dios abogado, Mingo.

MINGO.

El que heredó sus tixeras  
fue el sacristán, porque a todos  
corta de vestir su lengua,  
y ha dado, a pesar del mundo,  
en ser músico y poeta.

GILA.

No hay cosa agora más fácil.

MINGO.

También compone comedias  
tan malas, que dizen todos:  
No las hagas, no las temas.

GILA.

¿Qué se ha hecho el escribano?

MINGO.

Metido en causas ajenas,  
levantando testimonios  
y el aranzel por guinea.

GILA.

¿Murió Pero Grullo?

MINGO.

Fuesse  
a Xarandilla y su nuera  
con el sacristán de Cuacos,  
que es rofián por la igreia.

GILA.

¿Y el barbero?

MINGO.

Tabardillos

con el boticario juega,  
y van horros a matar  
con el médico y albéitar.

GILA.  
¿Y el albardero?

MINGO.  
Enviudó  
agora por la cuaresma.

GILA.  
No hay albarda que no mate,  
y muchas con mayor fuerza.

MINGO.  
Y quien las mereze, más.

GiLA.  
¿Qué se hizo Maricrespa?

MINGO.  
Casóse con Juan Carrasco.

GILA.  
¿Y mi prima Madalena?

MINGO.  
Agora pienso que trata  
de casarse, aunque dessea  
irse a Plasencia a vivir.

GILA.  
Casen muy enhorabuena.

MINGO.  
No se usa otra cosa ya,  
y no hay quien no se arrepienta,  
y siempre tienen los curas  
que h[az]er: no habrá quien lo entienda.

GILA.  
¿Qué ha hecho Dios de mi padre.

MINGO.  
Tus desdichas y tu afrenta

pesa a lágrimas.

GILA.  
¡Buen viejo!

MINGO.  
Diéronle casi por fuerza  
la vara de alcalde agora

GILA.  
Querrá prenderme con ella.

MINGO.  
Dios te libre, Gila, amén  
de que la Hermandad te prenda,  
que a la fe que te despachen,  
que la de toda la Vera  
anda en tu busca.

GILA.  
No importa  
mientras yo tengo estas peñas,  
donde vivo, por muralla  
y estos brazos por defensa.

MINGO.  
Quinientos escudos dan  
a quien traiga tu cabeza.

GILA.  
Escarmentará en la suya  
quien no lo hiziere en la ajena.

MINGO.  
Mira si me mandas más,  
que con una silla a cuestras  
aún suele aguararse un rozín.

GILA.  
¿Pues ya, Mingo, no te acuerdas  
del juramento que he hecho  
hasta que venga mi ofensa?

MINGO.  
Luego ¿soy yo de los hombres  
que también entran en cuenta

de tu venganza?

GILA.  
Sí, Mingo.

MINGO.  
¿No me escusará siquiera  
el hábito de rozín?

GILA.  
Si fueras rozín sin lengua,  
pudiera ser permitillo;  
pero rozín que habla, muera,  
que no hay entre los rozines  
rozín, por poco que sepa,  
que por lo menos tal vez  
no tire cozes y muerda.  
Lo que puedo h[az]er por ti,  
Mingo, por ser de una tierra  
y en una casa criados,  
es que escojas la manera  
de muerte que más gustares.

MINGO.  
¡Miren qué paño o qué seda  
para que corte un vestido!

GILA.  
Y esto ha de ser muy apriessa,  
que tengo donde acudir,  
y he sabido que a Plasencia  
van los reyes, y querría  
ver si va gente de guerra  
con ellos, que puede acaso  
ir mi enemigo, y mi ofensa  
satisfazer como aguardo;  
ya que mi contraria estrella  
quiso que errase el camino  
cuando le seguí. ¿Qué esperas?

MINGO.  
No más de saber de ti  
en qué tantos grados era  
tu pariente este rozín,  
que con mi muerte le vengas.

GILA.  
No estoy, Mingo, para burlas.

MINGO.  
Luego ¿dízelo de veras?

GILA.  
Presto lo verás.

(De adentro.)

¡Ataja!

GILA.  
¡Al agua! ¡Al agua!  
Ésta es fiera  
que algunos monteros siguen;  
del rey son, porque esta sierra,  
de miedo que en ella vivo,  
los cazadores respetan.  
Mingo, para darte espacio  
que tu muerte escojer puedas,  
atado quiero dexarte  
de un roble hasta dar la vuelta.  
Muestra las manos, que aquí  
traigo guardada una cuerda  
con que algunos hombres ato  
para echarlos dêstas peñas.

(Átale de un roble.)

MINGO.  
Como me ves ensillado  
y en este prado me dexas,  
trabas me quieres echar;  
¿quién vio tan grande fiereza?

GILA.  
Yo daré la vuelta, Mingo,  
tan presto que te arrepientas.  
(De adentro.)  
¡Al arroyo! ¡Ataja! ¡Ataja!

GILA.  
Por aquí las voces suenan.

(Éntrese GILA, y diga MINGO atado al roble.)

MINGO.

Los que rozines matáis  
que para un camino os prestan,  
catad bien la historia mía  
por que escarmentéis en ella,  
que en el trebunal que rixe  
la serrana de la Vera  
pide su sangre josticia  
contra mi pobre inocencia.

(De adentro.)

¡Ataja!

OTRO.

Para seguirle,  
entre las ramas espesas  
de ese xaral intricado  
dexó el caballo su alteza.

MINGO.

¡Oh, si viniese algún hombre  
que desatarme pudiera!

(Entre el rey DON FERNANDO con un venablo.)

FERNANDO.

Cebado en el jabalí,  
a la falda dêsta sierra  
he llegado. ¡Oh caza!, imagen  
justamente de la guerra,  
como de la muerte el sueño.

MINGO.

Un hombre he visto entre aquellas  
ramas del xaral; sin duda  
es ángel que Dios ordena  
que me venga a desatar.

FERNANDO.

¡Qué peñascos, qué aspereza!

MINGO.

¡Ola!, ¡hao!, hombre de bien.

FERNANDO.

Allí un hombre Me vozea.

MINGO.

¡Hao! ¡A la sierra! ¡Acâriba!

FERNANDO.

Quiero llegarme más cerca.

MINGO.

Ya viene; gran dicha ha sido.

FERNANDO.

Villano es.

MINGO.

Si escapo dêsta,  
a la imagen más devota  
prometo un Mingo de zera.

FERNANDO.

Atado, si no me engaño,  
a un roble está.

MINGO.

Pues las muestras  
tenéis de noble, señor,  
mostrad hoy vuestra nobleza  
en desatarme de aquí,  
si tenéis de mí clemencia.

(Comiénzele a desatar.)

FERNANDO.

¿Quién dêsta suerte te puso?

MINGO.

La serrana de la Vera.

FERNANDO.

¿Esa muger anda aquí?

MINGO.

No tiene palmo esta sierra,  
este bosque ni ese valle  
donde no haya una cruz puesta  
de los hombres que ella mata,

porque las pone ella mesma.  
No sé esta Hermandad, que han hechos  
los reyes, para qué es buena,  
pues no prende a este diablo,  
que a todos mata y saltea.  
Guárdeos Dios, que me habéis dado  
la vida, que estaba puesta  
al tabrero de su gusto.

FERNANDO.  
¿Cómo te dexó con ella?

MINGO.  
Porque tuvo aviso aquí  
que pasa el rey a Plasencia  
a no sé qué novedades,  
juntamente con la reina,  
y piensa que un enemigo,  
de quien vengarse dessea,  
vendrá con ellos acaso,  
y hasta dar, señor, la vuelta,  
como veis me dexó atado.  
Yo me voy, y guardaos dèlla,  
que es una tíg(ue)re.

FERNANDO.  
Aguarda;  
¿cómo vas de esa manera?

MINGO.  
Porque quien mata un rozín  
está obligado a esta pena.  
(Éntrese MINGO, y dizen de adentro.)  
¡Muera!

FERNANDO.  
¿Qué es esto?

MAESTRE.  
¡Matalda!

GILA.  
Aquí aguardo en estas peñas.

MINGO.  
Y yo en Gargantalaolla.

GILA.

Aquí aguarda un hombre; ¡muera!

(Encara la escopeta, y vuelve la cara el rey DON FERNANDO.)

FERNANDO.

Tente, muger.

GILA.

Si la cara  
no vuelves, Castilla queda  
sin rey, como quedó agora  
sin príncipe, que Dios tenga;  
que de ti mismo me dio  
luego tu persona nuevas,  
si los ojos no me engañan,  
el haberte visto en Plasencia;  
mas las personas reales  
tan grande secreto encierran,  
que, aún no siendo conozidas,  
con el alma se respetan.

FERNANDO.

El rey soy, serrana.

GILA.

Vivas  
eternos años y seas  
señor de cuanto vee el sol,  
con la que es hermosa hiedra  
de tus brazos, Isabel,  
que quitada la montera  
te reverencio, Fernando,  
por ley de naturaleza,  
como a mi rey y señor.

FERNANDO.

¿No te he visto yo en Plasencia?

GILA.

Asir un toro me viste  
por los cuernos en las fiestas  
que te hizieron, y rendillo.

FERNANDO.

¿Y por qué ocasión salteas  
dando muerte a cuantos pasan?

GILA.

Por satisfacer la ofensa  
de un hombre, y hasta matalle  
he prosupuesto que mueran  
con solene juramento  
cuantos encontrare, y piensa  
que tú sólo has sido el hombre  
que perdona mi fiereza,  
y no quiebro el juramento,  
que el rey es Dios en la tierra,  
y en lugar suyo, Fernando,  
la justicia representas.  
Y pues no eres hombre, voy  
a buscar hombres que puedan  
hartar la sed de mi agravio  
que es hidrónica mi afrenta;  
y al que mugeres agravia,  
castigad.

FERNANDO.

Serrana bella,  
guárdate de mi Hermandad.

GILA.

Guárdense de mi escopeta.  
¿Un hombre no estaba aquí  
atado?

FERNANDO.

Yo por mis mismas  
manos te corté los lazos.

GILA.

A tus manos lo agradezca,  
que ése también se me escapa.

(Entre el maestro DON RODRIGO GIRÓN.)

RODRIGO.

Locos nos trae vuestra alteza.

FERNANDO.

Zebéme en el jabalí,

maestre.

RODRIGO.

Dadme licencia  
agora para matar  
esa muger, esa fiera,  
que ha muerto cuatro monteros  
vuestros con esa escopeta.

(Retirándose GILA.)

GILA.

Maestre de Calatraba,  
reportaos, por vida vuestra,  
que aún hay dentro munición  
y está el gatillo muy cerca.

FERNANDO.

Dexalda. Vete.

GILA.

Yo haré  
lo que me mandéis, y advierta  
vueltra alteza que esta vida  
me debe más.

MAESTRE.

Ésa es deuda  
que yo os la agradezco y tomo.

GILA.

Guarde Dios a vuezalencia.

(Vase.)

RODRIGO.

¡Extraña muger!

FERNANDO.

¡Notable!  
Vamos a buscar la reina.

RODRIGO.

Un caballo tengo aquí.

FERNANDO.

No será la vez primera  
que a sus reyes dan caballos  
los Girones.

RODRIGO.  
Vuestra alteza  
como quien es sabe honrarnos.

FERNANDO.  
Con grande extremo me lleva,  
maestre, admirado agora  
la serrana de la Vera.

(Vanse.)

(Salgan de camino con botas y espuelas DON LUCAS y DON GARCÍA y ferreruelos puestos.)

CAPITÁN.  
Andrés, quita esos frenos a las mulas,  
pues el camino hemos perdido y vamos  
tan cansados, que luego encontraremos  
pastor o caminante que nos ponga  
en el real camino de Plasencia.

(Entre ANDRÉS con la bota.)

ANDRÉS.  
Mientras hay bota, puede haber paciencia.  
Brindis, señor don Lucas, y rebrindis  
al señor don Garzía.

GIRALDO.  
Con el agua  
de ese arroyuelo la razón haremos,  
que convida al sediento y caluroso  
en búcaros de juncia bullicioso.

ANDRÉS.  
No dijera un poeta de romanzen  
eso mexor, pintado un verde prado,  
y más cuando su dama lo ha pisado.

CAPITÁN.  
Sobre la hierba que éste nos ofrezze,  
hasta ver si parece alguna guía,

reclinemos los cuerpos, don Garzía.

GARZÍA.

Soy de ese parecer.

ANDRÉS.

Y yo del propio.

(Tiéndese sobre la hierba.)

Sirva lo que he bebido de frezada  
y la señora bota de almohada.

Gracias a Dios que me sacó tan presto  
del engaño cruel de ser soldado,  
sujeto, sin ser fraile ni pupilo,  
a tantas necedades y miserias.

Toda mi dicha estuvo reformaros,  
que luego al nuevo capitán y alférez  
di trascarton, y quise más ser mozo  
del camino que ser en la melicia  
maese de campo de cuarenta terzios  
aunque pienso volverme a mis guitarras  
y estar pienso en un carro más honrado:  
que el sol es carretero y no soldado.

CAPITÁN.

¡Qué hará Gileta agora, don Garzía?

GARZÍA.

Lo que han hecho otra muchas: remendarse  
y darse a un boquimuelle de su pueblo,  
por sana de los pies y de las manos,  
que eso duendes y leguas hay muy pocos  
que las entiendan ni los habyan visto.

ANDRÉS.

¡Jo, rucia! ¡Jo! ¡Te voto a Jerolisto!  
¡Ah, mohina. Pardiós si me levanto!  
¿Cozes das?

GARZÍA.

Las acciones de los frenos  
han rompido.

ANDRÉS.

¡Jo, rucia! ¡Jo, mohina!

(Levántase ANDRÉS.)

CAPITÁN.  
Sueltas van.

ANDRÉS.  
El diablo que las tenga  
si de la sierra la vereda coxen.

(Éntrese tras ellas ANDRÉS.)

CAPITÁN.  
Vámoslas a ataxar por esta parte.

GARZÍA.  
Dificultosas son no pongas [duda]  
de coxer y mudar de [parezeres]  
cuando se sueltan mulas y mugeres.

(Éntrese y salgan agora labradores cantando y bailando, y MADALENA y PASCUALA  
niña, y lo que cantan es esto:)

Salteóme la serrana  
juntico al pie de la cabaña.  
Serrana, cuerpo garrido,  
manos blancas, ojos bellidos,  
salteóme en escondido,  
juntico al pie de la cabaña.  
Salteóme la serrana  
juntico al pie de la cabaña.  
Serrana, cuerpo lozano,  
ojos negros, blancas manos,  
salteóme en escampado,  
juntico al pie de la cabaña.  
Salteóme la serrana  
juntico al pie de la cabaña.

MADALENA.  
Huyamos, porque esta fiera  
sobre nosotros está,  
y nadie se escapará  
si fuese su padre.

(Entre tanto por abaxo GILA. Huyen todos y coxe GILA a PASCUALA la niña.)

GILA.  
Espera.

PASCUALA.

¡Ay, desdichada de mí!

GILA.

¿Qué temes? ¿No os santisfaze  
que sólo mi furor haze  
mal a los hombres aquí  
y que a las mugeres no?  
Que el que he de satisfacer  
es agravio de muger,  
y soy la ofendida yo.

PASCUALA.

Ante pintado tan fiera,  
Gila, que no hay de tu nombre  
solmente quien no se asombre.

GILA.

Más blanda soy.

PASCUALA.

¡Tir[a]te fuera!  
para quien fuere tan boba  
que se fíe de tu amor.

GILA.

Soldemente mi furor  
a los hombres mata y no roba,  
que a las mugeres regalo,  
y con este exemplo aviso.

PASCUALA.

La que engañan, se lo quiso...,  
porque no hay hombre tan malo  
que cuando da la muger  
cozes, la pueda ensillar.

GILA.

¿Qué dizen en el lugar  
de mí?

PASCUALA.

Que eres Locifer,  
saltabardales, machorra,  
el coco de las consejas,

el lobo de sus ovexas,  
de sus gallinas la zorra;  
los niños callan contigo,  
los hombres huyen de ti,  
los viejos dicen que así  
fue la Caba de Rodrigo;  
las mozas que otra parexa  
no tuvo el mundo, y el cura  
como ñublo te conjura  
a la puerta de la Igrexa;  
cada vez que nuevas dan  
de tu condición ingrata,  
descomulgándote, mata  
candelas el sacristán;  
y dicen que en haz y en paz  
de toda esta serranía  
te han de colgar algún día  
como razimo de agraz.

GILA.  
Como eso dirán de mí,  
¿por qué a prenderme no vienen?

PASCUALA.  
Gila, en voluntad lo tienen.

GILA.  
Vengan, pues, que desde allí  
peñascos han de llover  
por esta mano arrojados,  
que no dexen hombre.

PASCUALA.  
Armados  
cien hombres, escuché ayer,  
que con la santa Hermandad  
de Plasencia andan tras ti;  
guárdate, Gila.

GILA.  
No vi  
mayor donaire y beldad.  
Dezid, ¿de adónde, Pascuala,  
toda esa gente venía?

PASCUALA.

Gila, de una romería,  
que no ha quedado zagala  
ni labrador en la villa  
que no haya acudido allá.

GILA.  
De esa fiesta tengo ya  
noticia.

PASCUALA.  
Y fue maravilla  
dar con nosotros aquí,  
siendo éste tan apartado  
camino.

GILA.  
Tras un cuidado  
que me trae fuera de mí,  
que debió ser fantasía  
de mi loco pensamiento,  
baxé aquí imitando el viento.  
Ya se va acabando el día;  
vete, Pascuala.

PASCUALA.  
Adiós, pues.

GILA.  
¿Sabrás el camino?

PASCUALA.  
Sí,  
y hay muy poco desde aquí  
al lugar.

GILA.  
Si acaso ves  
a mi padre, no le digas  
que me has visto ni encontrado.

PASCUALA.  
Él está contigo airado;  
picándote están ortigas.

GILA.  
No; estoy muy segura aquí,

puesto que si me acomete  
el mundo, no importa. Vete,  
y a los del lugar les di  
que se guarden de mí.

PASCUALA.  
Adiós.

(Vase yendo la niña PASCUALA.)

GILA.  
Y que si dan en hablar,  
que iré a abrasar el lugar.

PASCUALA.  
Malos años para vos.

GILA.  
¿Mi furor no te acobarda?

PASCUALA.  
Alcanzarme es por demás.  
Gila, aquí regañarás  
con sal y vinagre.

GILA.  
Aguarda.  
(Vase la niña corriendo.)  
Notable grazia ha tenido.  
La noche baxa, yo quiero  
retirarme.

(Entre ANDRÉS sólo agora.)

ANDRÉS.  
Desespero;  
cansado vengo y rendido;  
las mulas se han despeñado  
dêsta sierra áspera y fría,  
o para desdicha mía  
la tierra las ha tragado.  
Al diablo doy oficio  
de tanta costa de pies  
y de tan poco interés.  
Vengo perdiendo el juicio.  
¡Vive Dios! Si contra mí

un millón de hombres baxara,  
que con todos me matara.  
Una mujer está aquí.

GILA.  
Éste ha perdido el camino  
y ha dado con gentil guía.

ANDRÉS.  
¿A quién digo? ¡Ah tía! ¡Ah tía!

GILA.  
¿Qué es lo que mandáis, sobrino?

ANDRÉS.  
¿Habéis visto por aquí  
dos mulas?

GILA.  
Cada momento  
encuentro bestias.

ANDRÉS.  
Contento  
para pullas vengo.

GILA.  
A mí  
me pesa que no vengáis  
de muy buen gusto. ¿Sois mozo  
de mulas?

ANDRÉS.  
Lindo escorrozo.  
Soy el diablo.

GILA.  
No habláis  
para hombre de bien muy bien.

ANDRÉS.  
¡Oh cuerpo de Dios con ella!  
¿Qué he de hablar cuando la estrella  
de Venus en la sartén  
de la noche con las otras  
sale a estrellarse, y yo estoy

de manera que voy,  
las plantas llenas de potras  
como el ánima también;  
cansado, errado el camino,  
sin mulas, con poco vino?  
Mirad con quién y sin quién.

GILA.

Ya es fuerza tener paciencia;  
pues no podéis llegar  
agora a ningún lugar,  
a la Venta ni a Plasencia,  
yo os daré donde esta noche  
paséis muy bien y zenéis  
y con el alba saldréis.

ANDRÉS.

Cuando tendido en un coche  
o en una litera fuera,  
el hospedaxe acetara.  
¿Dormís sola, linda cara?

GILA.

No hay serrana de la Vera  
que acudir más libre pueda  
a lo que fuerdes servido,  
porque me habéis parezido  
muy bien.

ANDRÉS.

Hoy pongo a la rueda  
de la fortuna mil clavos;  
perdello todo es razón,  
pues de vuestros ojos son  
mis pensamientos esclavos.

GILA.

Comenzá a subir.

ANDRÉS.

¿Por dónde?

GILA.

Por esas peñas, que allí  
tengo yo mi choza.

ANDRÉS.

Así,  
pues tu amor me corresponde,  
estuviera sobre el sol  
y aún sobre el sol fa mi re,  
que allá entrara, por la fe  
de soldado y español.

GILA.

Sube.

ANDRÉS.

Ya voy agarrando.

GILA.

Pues te cansas, dueño mío,  
desde este peñasco al río  
quiero que baxes volando.

ANDRÉS.

No me despeñes, espera.  
¿Quién eres, muger ingrata?

GILA.

Gila, fanfarrón, te mata,  
la serrana de la Vera.  
(Arrójale y dize luego.)  
Esto bastará por hoy,  
porque ya la sombra oscura  
vestir los montes procura  
de miedo y luto, y yo soy  
de poco provecho aquí  
si nuevos lanzes espero.  
Entrarme en mi choza quiero  
y esperar al sol allí  
para volver a buscar  
vidas, Gila, en que te zebes.  
¡Ah noche!, lo que me debes,  
¿cuándo me lo has de pagar?

(Éntrese en su choza y salga DON LUCAS, perdido, diziendo.)

CAPITÁN.

¡Noche obscura! ¡Ah madre helada  
del engaño y la ocasión!,  
que al amante y al ladrón

das de una suerte posada,  
de cuya capa estrellada  
se visten tantas traiciones,  
tantas varias invenciones,  
tantos ardidés y enredos,  
tantas vergüenzas y miedos,  
tanto honor en opiniones,  
¿dónde me vas remontando  
del camino y del lugar?,  
que por preciarte de errar  
quieres que camine errando,  
que voy perdiendo y buscando,  
entre peñascos y estrellas,  
dellos espantadas ellas,  
dellas ellos respetados,  
tanto que están coronados  
de sus blancas luzes bellas.  
En ese xaral espeso  
perdí al tramontar del día  
con el sol a don Garzía,  
que iguala un propio suceso.  
Que voy con miedo confieso;  
no hay rama que se me ofrezca  
que un hombre no me parezca.  
¡Oh! Si el alba con llorar  
perlas, diesse en sobornar  
al sol para que amanezca.  
Todo con la sombra vana  
me altera y me desconfía;  
hidalga cosa es el día  
cuanto es la noche villana.  
¡Oh sol!, de la espuma cana  
saca tu roxa cabeza,  
restituye la belleza  
que robó la sombra escura,  
por que venza tu hermosura  
a su cobarde tristeza.  
Malhaya, amén, la ocasión  
de desatinos iguales;  
pero quien sigue animales  
mereze este galardón.  
Altas estas peñas son,  
no hay camino por aquí;  
pareze que he visto allí  
luz; aunque lexos está,  
he de caminar allá.

Lumbre de pastores, sí;  
cabaña debe de ser;  
parece que está en el zielo.  
Que pueda llegar rezelo,  
aunque he de hacer por poder,  
que mexor podré tener  
la noche allí que en la sierra,  
donde me aperciben guerra,  
miedo, sueño y noche fría,  
que presto el sol con el día  
del mar saltará a la tierra.  
(Llegue tentando.)  
Gracias a Dios que llegué.  
Ésta es la puerta; durmiendo  
deben de estar; yo pretendo  
llamar, que ésta dicha fue.  
De la noche pasaré  
aquí lo que pueda ya.

(Llama el CAPITÁN, y responde GILA de adentro.)

CAPITÁN.  
¡Ah de la choza!

GILA.  
¿Quién va?

CAPITÁN.  
Amigos.

GILA.  
No puede ser;  
mas ya me levanto a ver  
quién ese nombre se da.

CAPITÁN.  
La voz que me ha respondido  
dentro de aquesta cabaña,  
si el sentido no me engaña,  
de muger me ha parecido.  
Mas si el haberme perdido  
fuesse de importanzia alguna  
para darme la fortuna  
alguna hermosa serrana  
con quien la alegre mañana  
me pareciesse importuna;

que toda esta Vera da,  
entre los muchos frutales,  
hermosuras celestiales,  
y alguna en la sierra está.  
La puerta han abierto ya.

(Salga GILA con la escopeta a la puerta.)

GILA.  
¿Quién es?

CAPITÁN.  
Un perdido soy,  
que no acierto dónde estoy.

GILA.  
¿Dónde vais que así os perdéis?

CAPITÁN.  
Mujer es.

GILA.  
¿No respondéis?

CAPITÁN.  
Serrana, a Plasencia voy.

GILA.  
Pues ¿qué os truxo por aquí?

CAPITÁN.  
Perdí las mulas ayer,  
y un amigo por correr  
tras ellas; y me perdí  
justamente, pues así  
perdido supe ganarme,  
pues a perderme y hallarme  
vengo en vos, serrana mía.

GILA.  
Esa voz conozco.

CAPITÁN.  
El día  
con vos podrá acreditarme,  
porque soy hombre de bien

y el talle es información.

GILA.  
Muy pocos hombres lo son,  
aunque lo dicen también.

CAPITÁN.  
El comenzar por desdén  
es señal que he de ganar.

GILA.  
Tahur os queréis mostrar  
de amor.

CAPITÁN.  
Soy acuchillado.

GILA.  
¿Sois de Plasencia?

CAPITÁN.  
Y honrado.  
¿Conocéis en el lugar  
gente?

GILA.  
A los más principales  
que sangre Plasencia dio  
con tanto valor.

CAPITÁN.  
Pues yo  
soy de los Caravajales.

GILA.  
Al mismo rey son iguales.  
¿Qué nombre tenéis?

CAPITÁN.  
Se[rrana],  
don Lucas.

GILA.  
No [salió vana]  
mi sospecha.

CAPITÁN.

De la guerra  
vuelvo a vivir a mi tierra  
y a retirarme con gana  
de tomar en ella estado,  
de una hermosa compañía  
que saqué de infantería  
de la Vera, reformado.

GILA.

A buen puerto habéis llegado.  
Noche, piedad has tenido,  
pues que me has restituido  
la ocasión que me debías  
para las venganzas mías,  
aunque en largas me has traído;  
hoy contigo cuentas hago,  
y pues satisfecha estoy  
de lo que me debes, hoy  
te daré carta de pago,  
que aunque es mayor el estrago  
de las costas que te he hecho  
por cobrar de ti, sospecho,  
según duró mi esperanza,  
que no llega la venganza  
al agravio de mi pecho.

CAPITÁN.

Serrana, suspensa estás;  
si satisfecha de mí  
me quisieres dar aquí  
posada, merzed me harás.

GILA.

Ya no han de engañarme más,  
porque de uno me fié  
como vos, y dêl quedé,  
de que me quiso engañada,  
infamemente burlada,  
y él a la guerra se fue,  
que era también capitán  
como vos, y se llamaba  
don Lucas, y se preciaba  
del apellido que os dan;  
muy traidor y muy galán,  
muy noble y muy fementido,

muy falso y muy bien nacido,  
muy valiente y muy cruel;  
y a la fe, si no sois él,  
que me lo habéis parezido.

CAPITÁN.

En notable confusión  
este suceso me ha puesto;  
sueño parece que es esto,  
pintura, imaginación;  
Gila es ésta, y éstas son  
quejas de que dueño he sido.  
¡A gentil puerto he venido!  
Pero, ¿qué puerto ha de hallar  
quien de la noche en el mar  
corre tormenta perdido?  
Y apelar a bien no espero,  
pues de plano he confesado.

GILA.

Voz parezéis hombre honrado  
y daros posada quiero.

CAPITÁN.

No, serrana, que el luzero  
de la aurora desafía  
a la noche con el día;  
yo agradezco ese favor;  
quedaos adiós.

GILA.

No, señor,  
mi güesped habéis de ser.

CAPITÁN.

Estáis sola y sois muger,  
y yo estimo vuestro honor.

GILA.

¿De cuándo acá lo estimáis?

CAPITÁN.

Desde el día en que nací.

GILA.

Mentís, que hay testigo aquí

de que verdades no habláis.  
Yo soy Gila, a quien estáis  
deudor de tan justa queixa,  
que el delito os aconsexa  
lo mismo que vos huís,  
y a la cárzel os venís  
por entraros en la igrexa;  
que el cielo, a quien traidor fuistes,  
con esta noche me ampara,  
por que en ella me vengara  
de la que vos me ofendistes;  
y puesto que os encubristes  
con la mentirosa capa  
que tantos delitos tapa,  
de tal manera saltea,  
roba mi honor y capea,  
que aún la noche no se escapa,  
hoy de los hombros le quito  
la capa a la noche fría,  
aunque lo mismo haze el día,  
que en esta ocasión imito.  
Mi venganza solicito,  
y en estando yo vengada,  
los exes de la estrellada  
fábrica sobre mí den,  
porque no espera otro bien  
una muger agraviada.

CAPITÁN.

Gila, palabra te di  
de ser tu esposo. Aquí estoy:  
tu esposo y tu esclavo soy.

GILA.

Ya es tarde, ingrato. De aquí  
has de volar, pues por ti  
al zielo he sido traidora  
con tantas culpas.

CAPITÁN.

¡Señora!

GILA.

No hay ruegos que mi honra estrague,  
quien tal haze, que tal pague,  
y cáigase el zielo agora.

(Arrójale, y luego dicen de adentro por arriba y por abajo, cogiéndola en medio.)

PRIMERO.

Ésta es su choza.

DON JUAN.

Abrasalda.

GILA.

Ya no hay temor que me altere.

DON JUAN.

Cuando darse no quisiere,  
muera, abrasalda, quemalda.

GILA.

Por la cumbre y por la falda  
vienen a coxerme en medio;  
ya no hay de escapar remedio.

(Por arriba cuadrilleros con arcabuzes, por abaxo también, y con ellos DON JUAN DE CARAVAJAL, alcalde de la Hermandad de Plasencia, y GIRALDO, padre de GILA, también con su vara, y MINGO también, como cuadrillero.)

MINGO.

Aquí está.

DON JUAN.

Llegad, llegad.  
Tente a la santa Hermandad.

GILA.

¿Qué haré? Que romper por medio  
es imposible. Ya estoy  
vengada, y esto ha de ser.

GIRALDO.

Acaba, date, muger.

GILA.

Tu hija pienso que soy.

GIRALDO.

Esse nombre no te doy  
por las crueldades que has hecho.

Tú eres hija de ese pecho  
cruel, que no pude yo  
engendrarte.

GILA.  
¿Por qué no?  
si me ha forzado mi afrenta.

GIRALDO.  
Al zielo darás la cuenta,  
pues tu castigo ll[egó],  
que ha permitido que venga  
a prenderte yo también.

GILA.  
Padre, habéis hecho muy bien.

GIRALDO.  
Tu engaño no nos detenga:  
date a prisión.

GILA.  
Hoy se venga  
mi honor, y llega con él  
de la fortuna cruel  
la temida execución.

DON JUAN.  
Acaba, date a prisión.

GILA.  
Las manos rindo al cordel.

DON JUAN.  
Rinde las armas primero.

GILA.  
¿Aún teméis con tanta gente?  
A mi padre solamente  
rendir las armas espero,  
que aunque vos sois caballero,  
para mí es mi padre más.

GIRALDO.  
Muestra.

DON JUAN.  
No he visto jamás  
en hombre tan gran valor.

(Dale a GIRALDO la escopeta y el cuchillo de monte.)

GILA.  
Vengué, en efeto, mi honor.

DON JUAN.  
Esposas.

MINGO.  
Perdonarás  
a Mingo este atrevimiento,  
porque me han cabido a mí.

GILA.  
Si yo te matara a ti,  
acusara el cumplimiento.

(Pónele las esposas.)

DON JUAN.  
Grillos y cadenas.

GILA.  
El viento  
no me llevará, señor  
alcalde.

DON JUAN.  
¡Estraño valor!

GILA.  
No hay sino tener paciencia.

(Pónenle a los pies grillos y una cadena.)

CUADRILLERO.  
Ya está esto puesto.

DON JUAN.  
A Plasencia.

GILA.

Vengué, en efeto, mi honor.

(Vanse todos rodeando a GILA con los arcabuzes, y salga DON FERNANDO.)

FERNANDO.

No se puede pintar la gallardía,  
la belleza, el valor de la serrana.

ISABEL.

Zelos me dais, por vuestra vida y mía.

FERNANDO.

¿A vos os puede dar muger humana  
zelos, siendo vos zielo de mis ojos?

ISABEL.

Tal vez suele agradar una villana  
como tosco manjar, que por antojos  
da el harto del faisán al apetito.

FERNANDO.

Nunca al amor da el gusto esos enojos;  
mas necio vengo a ser, pues solicito  
daros satisfazi3n, Isabel mía,  
del que vos conozéis, y es infinito.  
Dadme esos brazos por que envidie el día  
los que yo os diere a vos, si la serrana  
a zelos con mi amor os desafía;  
que por la vida de Isabel y Juana,  
que voy con intenci3n de que se prenda,  
porque demás de ser tan inhumana,  
no hay en la Vera de Plasencia senda  
ni camino que dèlla esté seguro.

ISABEL.

Pues la Hermandad es bien que en eso entienda.

FERNANDO.

Sírvenle de defensa y alto muro  
esa sierra en que está, y así es en vano  
el llegalla a prender; mas yo procuro  
con cuatro compañías desde el llano  
batirle esos peñascos.

ISABEL.

¿Qué hay, maestro?

RODRIGO.

La Hermandad de Plasencia, que con mano  
armada asalta esa muralla alpestre  
de esos riscos, ha preso a la serrana,  
por que el valor de la Hermandad se muestre,  
llevándola a Plasencia esta mañana,  
adonde habrán de hazer justicia dêlla,  
sino es que apela a la piedad cristiana  
de vuestros pechos.

FERNANDO.

La común querella,  
los atrozes delitos no permi[ten]  
que se tenga piedad, Girón, con ella,  
y no es razón que a la Hermandad le quiten,  
pues que tan nueva está, las esenciones  
que nuestros privilegios les admiten.  
Castiguen como es justo a los ladrones,  
sin que haya apelación, que dêsta suerte  
se evitarán muy grandes ocasiones,  
fuera de que ésta ha dado a muchos muerte  
y la mereze por razón de estado.

RODRIGO.

Con intención justísima lo advierte  
vuestra alteza, señor.

ISABEL.

Pena me ha dado,  
sabiendo que es muger.

NUÑO.

Ya las literas  
aguardan y las guardas han llegado.

FERNANDO.

Partamos a Plasencia. Las primeras  
sospechas brevemente os desengañan.

ISABEL.

No las tuve jamás por verdaderas,  
aunque al amor los zelos acompañan.

(Éntrese. Salga DON GARZÍA solo.)

GARZÍA.

Perdido ya de dos días  
vengo a dar en las murallas  
de Plasencia, sin saber  
de Andrés ni de don Lucas nada,  
de las mulas, ni de mí,  
que aún pienso que no se acaban  
los xarales y las peñas  
dêstas dos noches pasadas.  
Temo por lo que me han dicho  
de Gila, de la serrana  
a quien don Lucas burló,  
no haya tomado venganza,  
pues por esta causa sólo  
en la sierra salteaba,  
y sin querer ni sabello  
perdido pudo encontralla.  
De la ciudad sale gente,  
quiero saber a qué causa,  
que me parece en la prisa  
novedad.

(MADALENA y PASCUALA.)

MADALENA.

Anda, Pascuala.

PASCUALA.

No voy de pesar en mí

GARZÍA.

¿Qué es esto, hermosas serranas?

MADALENA.

Es la desdicha mayor  
que se ha visto.

GARZÍA.

¿Cómo?

MADALENA.

Sacan  
a josticiar aquí fuera  
de la ciudad, como manda  
la Santa Hermandad, a Gila,  
esa serrana gallarda

que entre Gargantalaolla  
y Plasencia salteaba.  
Don Juan de Caravajal,  
que es alcalde de la Santa  
Hermandad, la prendió, y toda  
la de la Vera en su guarda,  
que de haber muerto a don Lucas,  
su primo, toma venganza  
con esto.

GARZÍA  
¿A don Lucas dizes  
que ha muerto?

MADALENA.  
Eso es cosa crara  
Quedaos a Dios, que ya llega.

PASCUALA.  
Vamos.

(Póngase PASCUALA a un lado, y MADALENA en el tablado.)

GARZÍA.  
Nunca miente el alma;  
pareze sueño. Las nuevas,  
aunque de mí rezeladas,  
me han dexado sin sentido.  
Vengóse al fin la serrana.  
Dios te perdone, don Lucas,  
de tantas desdichas causa.

(Éntrese DON GARZÍA, y suenen agora campanillas, y salgan cuadrilleros con ballestas y flechas en ellas, capotes verdes de dos faldas, y luego GILA con esposas en las manos, como la prendieron, y DON JUAN con su vara detrás, de negro, vestido con ferreruelo, y GIRALDO con vara también.)

GILA.  
Nadie de mí se lastime,  
los que me ven tan amarga  
muerte morir, porque yo  
no la tengo por desgracia;  
contenta muero por ver  
que el cielo, con ésta, traza  
de mi predestinación  
el bien que mi muerte aguarda,

que de otra suerte parece:  
que fuera imposible, a causa  
de los delitos que he hecho  
sólo por tomar venganza,  
que, sin robos y salteos,  
por estas manos ingratas  
tengo a cargo dos mil vidas,  
de que pido perdón.

PASCUALA.

Rasgan,  
Madalena, el corazón  
sus razones.

MADALENA.

Sí, Pascuala.

GILA.

¡Ah padre! ¡Ah padre!

GIRALDO.

¿Qué quieres?

GILA.

Escúchame una palabra.

GIRALDO.

¿Qué dices?

GILA.

Llega el oído.

MADALENA.

Querrá encargalle su alma.

GILA.

Llégate más.

GIRALDO.

Ya me llego.

¿La orexa, ingrata, me arrancas  
con los dientes?

GILA.

Padre, sí,  
que esto mereze quien pasa

por las libertades todas  
de los hijos. Si tú usaras  
rigor conmigo al principio  
de mi inclinación gallarda,  
yo no llegara a este extremo:  
escarmienten en tus canas  
y en mí los que tienen hijos.

GIRALDO.

Confieso que es justa paga  
a mi descuido.

DON JUAN.

¡Estraña cosa!  
Subid con ella.

(Éntrese con ella agora, y queden PASCUALA y MADALENA.)

MADALENA.

Pascuala,  
¿has visto tal cosa?

PASCUALA.

El viejo  
sangre y lágrimas derrama.

MADALENA.

Al palo llegan con ella.

PASCUALA.

Ya la arriman, ya la at[an].

MADALENA.

Pascuala, los cuadrilleros  
se aperciben a tiralla,  
que ya el verdugo [le pone]  
el garrote a la garganta.

PASCUALA.

Perdónete Dios, amén.

MADALENA.

Ésta fue tu estrella amarga;  
nunca nazieras al mundo.

PASCUALA.

Mexor fue nazer, pues pasa  
desde aquel palo a una vida  
que eternamente se acaba.

MADALENA.  
Ya disparan las saetas  
los cuadrilleros, Pascuala.

PASCUALA.  
A San Sebastián parece.  
(Maestre de adentro.)

RODRIGO.  
Aquí es el suplicio. ¡Plaza!

MADALENA.  
Pascuala, éstos son los reyes.

PASCUALA.  
¡Oh, si primero llegaran!

MADALENA.  
Adrede llegan agora,  
porque quieren que su Santa  
Hermandad castigue.

(Entre DON FERNANDO y DOÑA ISABEL, y el maestre y los que pudieren de  
acompañamiento, y corren el tafetán, y parezca GILA en el palo, arriba, llena de saetas y  
el cabello sobre el rostro, y salgan abaxo GIRALDO y DON JUAN.)

FERNANDO.  
Ha sido  
justo castigo.

MADALENA.  
Bizarra  
quedó en el palo también.

ISABEL.  
A mí me entereze el alma.

DON JUAN.  
Éste es su padre, señor.

FERNANDO.  
No sé qué merzed os haga,

don Juan, por este servicio,  
sino es que tengáis la vara  
perpetua en Plasencia.

DON JUAN.

Beso  
vuestras generosas plantas.

FERNANDO.

Y a vos, que luego os entrieguen  
el cuerpo para enterralla,  
quedando allí una memoria  
que de exemplo sirva a España,  
haciéndoos franco también.

GIRALDO.

Vuestra piedad nos ampara,  
que ésta fue desdicha mía.

RODRIGO.

Ya puesto en orden aguarda  
de Plasencia el regimiento.

FERNANDO.

Vamos, señora.

RODRIGO.

Aquí acaba  
la Serrana de la Vera,  
que fue prodigio de España.

LAUS DEO